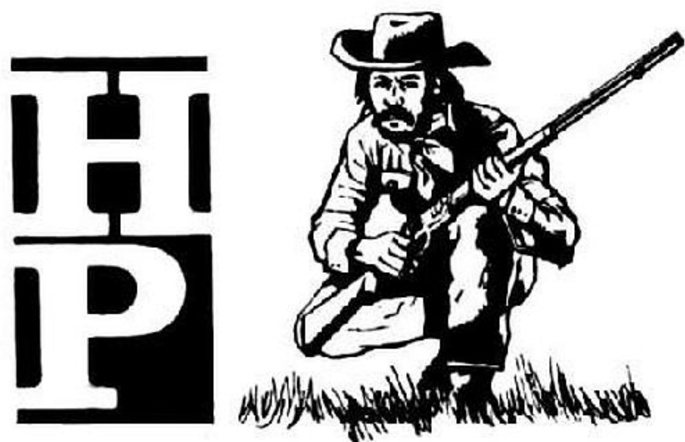


Silver Kane

¡llamad al pistolero!



HEROES DE LA PRADERA





Silver Kane

¡LLAMAD AL PISTOLERO!

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 473
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 38098-1978

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: enero, 1979

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando Manson salió de su casa, aquella mañana de abril, era un comerciante honrado que tenía una próspera posición, una buena cuenta corriente y un prestigio en toda la comarca de Kansas City. Cuando Manson regresó, dos minutos más tarde, era una piltrafa humana que llevaba más de diez balas en el cuerpo.

Las cosas ocurrieron tan rápidamente que nadie tuvo tiempo de verlas. Manson salió de su casa para ir al banco y al almacén, como hacía todas las mañanas. Siempre salía a la misma hora exactamente. Los hombres que estaban amarrando sus caballos en el saloon frontero debían saberlo.

Eran cuatro.

Sacaron instantáneamente sus «Colt».

Manson no había hecho más que descender los peldaños que del porche llevaban a la calle cuando empezaron los disparos. Fueron tan densos y concentrados que formaron como una nube de plomo.

Manson se estremeció brutalmente.

Fue alcanzado por tantas balas a la vez que no tuvo tiempo de mover las manos para llevárselas a las heridas.

Giró sobre sí mismo.

La lluvia de plomo también le alcanzó en la espalda.

Y Manson cayó para siempre delante de los peldaños de su casa, mientras espesas líneas de sangre se extendían sobre el polvo de la calle. Los cuatro hombres, que no habían amarrado aún sus caballos, montaron ágilmente y salieron al galope.

Nadie los persiguió.

El asesinato había sido tan rápido y brutal que todos los testigos quedaron petrificados por la sorpresa.

Nelly Barton fue raptada apenas una hora después. Salía de la escuela, donde ella era auxiliar de la maestra, cuando dos jinetes salidos de no se sabía dónde pasaron al galope junto a ella, uno por la derecha y otro por la izquierda. Nelly no pudo ni darse cuenta de lo que sucedía. Bruscamente sintió que la sujetaban uno por cada lado y que la levantaban en vilo. La maestría con que ejecutaron aquello demostraba que no eran aficionados, sino profesionales que habían ensayado aquello repetidas veces. Nelly chilló, pero fue inútil. Unos instantes después la había tomado en sus brazos el que quedaba a la derecha.

El de la izquierda disparó.

Dos vaqueros que habían visto aquello y que podían tal vez iniciar una persecución, cayeron para siempre mordidos por el plomo.

De Nelly Barton, que entonces tenía diecisiete años, no se supo nada más hasta el día siguiente. Sí. Fue justo al día siguiente cuando un caballo regresó a la ciudad llevando un bulto humano sujeto a su lomo con cuerdas. Era Nelly.

Pero una Nelly distinta.

Una Nelly que nada tenía que ver con la hermosa muchacha que hasta el día anterior había existido.

Ésta no llevaba ropas, y además tenía seccionada la yugular, de modo que desde horas antes había perdido toda su sangre. La blancura de su cuerpo era espantosa. Pero eso, con ser horrible, no era aún lo peor. Porque pronto los hombres que la desataron, se dieron cuenta de algo más siniestro.

Uno de ellos masculló:

Cuando la gente corrió hacia el cuerpo caído de Manson, era demasiado tarde.

Pero eso fue solo el principio.

Fue el principio de lo que más tarde la gente llamaría «la semana de la sangre».

—La han ultrajado.

Y otro dijo con voz ronca, apretando los puños sobre las culatas de sus «Colt»:

—Condenados hijos de perra…

El tercer suceso ocurrió apenas una hora después de la «vuelta» de Nelly y consistió en el incendio del rancho de Truman. Truman

era un pequeño ranchero que cuidaba unas cuantas vacas y unos sementales en las afueras de la ciudad. Su fortuna aún no representaba gran cosa, pero con los años podía llegar a ser importante porque el ganado era selecto. Truman, sobre todo, pensaba en sus hijos, que algún día podrían llegar a ser dueños de unas posesiones envidiables.

Pero todo terminó para él aquella mañana de abril, como había terminado para Manson y para Nelly. Los jinetes que se presentaron inesperadamente allí fueron tan rápidos y demostraron tan buen entrenamiento que nadie pudo hacer nada para detenerlos. Mientras dos de ellos tiroteaban con rifles a los pocos empleados de Truman, dos más se dedicaban a matar a tiros a los sementales y a las vacas ya preñadas. Por fin, cuatro más incendiaron los edificios del rancho con teas que prepararon en un momento. Truman, que intentó detenerlos y hasta consiguió matar a uno de ellos, fue cazado a lazo y arrastrado hasta morir.

En aquella ocasión, los hombres del *sheriff*, que estaban alerta en todas partes, consiguieron llegar casi a tiempo y poner en fuga a los asesinos, aunque sin causarles ninguna baja. Lo único positivo que lograron fue apoderarse del muerto, que los fugitivos no habían conseguido llevarse.

Los edificios del rancho ardían por los cuatro costados.

Los pobres animales, muertos o agonizantes, yacían por todas partes.

Pero esto —hay que repetirlo—, con ser tan horrible, fue solo el principio.

La sala estaba llena.

Desde las amplias ventanas, que daban sobre la calle principal de Kansas City, se divisaba casi toda la ciudad. Kansas City había crecido mucho en los últimos años, cuando el siglo estaba entrando en sus veinte años finales. Ya no era la ciudad ganadera que un día recorrieron solamente las manadas y los pistoleros. Ahora era una poderosa ciudad comercial e industrial, con magníficos edificios, excelentes hoteles y más de una fábrica con centenares de empleados. Sí, Kansas City había cambiado mucho en lo exterior, pero sus problemas internos seguían siendo los mismos.

Ambición y crimen.

Violencia.

Muerte.

—Ambición y crimen, violencia y muerte —dijo el juez Golan a los que llenaban la sala—. Ésos han sido los problemas de Kansas City desde que se fundó, y ahora siguen siendo los mismos, a pesar de que la ciudad ha cambiado tanto. Tenemos más casas, más gente y más riquezas, pero las cuestiones siguen resolviéndose a punta de revólver, como antes. O peor aún, porque las bandas de criminales están organizadas de una manera que podríamos llamar científica. Para comunicarse utilizan el teléfono y los trenes, y disponen de abundantes recursos financieros que algunos banqueros sin escrúpulos les procuran. Sus cabecillas pueden pagar a los mejores abogados del país para que los defiendan. Y, por fin, todos sabemos que algunos políticos influyentes están en combinación con las bandas.

El juez Golan hizo una pausa.

Todo el mundo le escuchaba con insólita atención.

Se había contenido hasta el ritmo de las respiraciones.

El juez Golan miró a los que le escuchaban todos reunidos en torno a la larga mesa del salón de sesiones. Allí estaban los hombres que decidían el destino de Kansas City, desde los comerciantes más acreditados a los rancheros más importantes.

Quedaba un sitio vacío.

Era el de Bentham, que durante muchos años había presidido aquellas reuniones de la Junta de Vecinos. Pero Bentham estaba muerto desde tres meses atrás y por eso no asistiría. De todos modos, como una muestra de respeto a su recuerdo, habían dejado su puesto libre.

Golan continuó:

—Todos sabemos lo que sucede ahora. Después del asesinato de Manson y del salvaje rapto de Kelly pudimos tener alguna duda, tal vez, pero después del incendio del rancho de Truman ya no hay duda de ninguna clase. Los forajidos dejaron un muerto a sus espaldas, y ese muerto ha sido identificado fácilmente. Se trata de uno de los pistoleros de Berkeley, cuya banda pasa por ser una de las más numerosas, eficaces y crueles de Kansas. Todos sabéis lo que ocurre con Berkeley: se tienen noticias muy concretas de que el asalto al Federal Reserve Bank, en el que murieron siete empleados inocentes, fue obra suya. En consecuencia el *sheriff* logró detenerlo,

lo acusó y va a ser juzgado en Kansas City.

Hubo otro breve silencio. Uno de los reunidos en torno a la mesa murmuró:

Yo estaba de viaje por el liste cuando eso ocurrió. Por favor, refrésqueme un poco la memoria.

—Con mucho gusto —dijo Golan—. Me limitare a decirle que el asalto al Federal Reserve fue uno de los más sangrientos de la historia de Kansas. Muchos hombres identificaron a los pistoleros de Berkeley. Entonces el *sheriff* lo detuvo.

—¿Es que Berkeley estaba en la ciudad?

—Parece mentira que pregunte eso. Usted sabe que Berkeley ha tenido siempre la misma táctica. Aparece como un ciudadano inocente, e incluso se deja ver por todas partes mientras su banda actúa, como demostrando así que nada tiene que ver con ella. Cuando los hechos del Federal ocurrieron, el estaba en el Regis, el mejor hotel de la ciudad. El *sheriff* se presentó a detenerlo y Berkeley no hizo la menor resistencia. Sólo dijo al *sheriff* que estaba loco y que se acordaría de aquello. Efectivamente, dos horas más tarde había conseguido la libertad bajo la fianza de veinte mil dólares. Yo mismo, como juez, hube de concederla porque en aquel momento no disponía de pruebas tajantes para retenerlo en la cárcel. Pero el proceso siguió su curso, y ahora las pruebas contra Berkeley son casi abrumadoras.

—¿Por lo tanto se le ha citado para que comparezca ante el jurado?

—Exacto.

—¿Y por qué no huye? No creo que a un tipo así le importe mucho perder los veinte mil dólares de la fianza.

—No huye porque eso desharía completamente los planes que tiene. La huida haría que se le declarara automáticamente culpable, y sus más altas ambiciones, que llegan incluso a la política, quedarían hundidas para siempre. Se transformaría en un jefe de banda más de los que pululan por Kansas, y dejaría de ser un hombre respetado. Todos sabemos que ese aire de persona honorable de que se rodea siempre le permite preparar sus mejores golpes. Por eso no huirá. Prefiere comparecer ante el jurado y que el jurado le declare inocente. Luego pagará a los periódicos para que hablen de eso, y su honor quedará más a salvo que nunca. Pero

para que el jurado lo declare inocente, hay que aterrorizarlo antes.

—Comprendo.

—Manson era uno de los miembros del jurado. Pueden tener la seguridad de que el hombre que nombremos para sustituirlo tendrá tanto miedo que votará lo que Berkeley le diga. Nelly era la hija de otro jurado. ¿Qué hará ese hombre? Ese hombre tiene otra hija. ¿Se arriesgará a que corra la misma suerte? ¿Y Truman? Truman era jurado sustituto. ¿Se arriesgará el titular a que le ocurra algo parecido? ¿No es más razonable votar lo que Berkeley le indique?

Después de estas palabras se hizo otra vez un pesado y ominoso silencio. El sol tibio de abril penetraba por las ventanas, y todos miraron maquinalmente hacia ellas, hacia los relieves de la ciudad que tanto amaban y que nunca hasta entonces se había visto sumida en tanta vergüenza. Sus pensamientos eran sombríos antes de que el juez Golan siguiera.

Pero el juez Golan, que se disponía a seguir hablando, hubo de hacer una pausa.

Porque en aquel momento la puerta se abrió y entró una muchacha en la sala. Era la única mujer que hacía su presencia en ella. Y era una mujer de tal calidad, tan bonita, tan tentadora y al mismo tiempo tan inesperada, que todos se quedaron boquiabiertos mirándola.

Más de uno sintió un

tic-tic

raro en su cuerpo.

Y no es extraño que Mónica Bentham atrajera todas las miradas.

Sobre todo con aquel vestido negro tan ceñido a sus curvas.

La muchacha avanzó parsimoniosamente, dándose cuenta de que atraía todas las miradas, y se sentó en el único sitio vacío, el de Bentham, el rico hacendado muerto unos meses antes.

El juez Golan musitó:

—Señorita Bentham…

—Supongo que no les importará que ocupe el sitio destinado a mí padre. Él no puede ya cumplir sus deberes para con la ciudad, pero sé que le gustará el que yo lo haga en su nombre.

—Por supuesto, señorita Bentham.

Ella esbozó una sonrisa que produjo como un escalofrío de placer en todos los hombres que tenía cerca.

—Supongo que hablaban de los últimos sucesos que han ensangrentado la ciudad —musitó.

—En efecto, y a usted le interesan tanto como a nosotros.

—Por eso he venido. Además…

Sus ojos se entrecerraron un momento, mientras brillaba en ellos como una chispita de odio.

—… Además Nelly era amiga mía. Nunca perdonaré a los que hicieron eso. No. Nunca los perdonaré…

Golan susurró:

—Entonces escuche, señorita Bentham.

E hizo un resumen de lo tratado hasta entonces, resumen que ella escuchó con la mayor atención.

Luego susurró:

—¿Han tomado alguna medida?

—De eso íbamos a hablar, señorita Bentham. La situación es muy grave, y por eso vamos a someter el asunto a votación.

Uno de los reunidos murmuró:

—Yo creo que no debemos ceder.

—Si nos rendimos ahora, Berkeley hará con nosotros lo que quiera.

—Le apoyamos, juez. Ese tío tiene que ir a la horca.

—Bueno eso tendrá que decidirlo el jurado… —murmuró Golan.

—Pues que lo decida, pero actuando libremente. No haciendo lo que Berkeley quiera.

—¡Responderemos a la fuerza con la fuerza!

En aquel momento intervino el *sheriff*, que hasta entonces no había despegado los labios.

Alzó la mano antes de decir:

—De acuerdo, señores, responderemos a la fuerza con la fuerza. Pero nuestra fuerza, ¿cuál es?

Todos le miraron entre inquietos y asombrados.

—Usted, *sheriff* —dijo uno.

—Usted garantiza la ley.

El *sheriff* torció el gesto.

—¿Con que hombres? —preguntó.

—Tiene cinco.

—Y Berkeley posee más de veinte.

—Podemos hacer una milicia local —sugirió alguien—. No

faltarían voluntarios.

Las milicias locales no sirven para la vigilancia durante un periodo de tiempo largo —opinó el *sheriff*—. Son eficaces cuando se trata de hacer algo durante un par de días, pero al cabo de una semana, sobre todo si no ha sucedido nada en ese tiempo, se disgregan. Cada uno tiene sus obligaciones y sus problemas. Con el agravante de que, cuando los milicianos estuvieran más distraídos, Berkeley atacaría y haría una matanza.

—Entonces, ¿que sugiere?

—Es mejor un hombre solo.

—¿Un profesional?

—Exacto. Un profesional.

Todos los allí reunidos se miraron con una mezcla de excitación y miedo.

—Pero tendría que ser muy bueno —musitó uno de ellos—. Delante de Berkeley y sus hombres no se puede poner un aficionado.

—Por supuesto que no —dijo el *sheriff*—, y yo incluso había pensado en un tipo.

—¿Quién?

—Lester.

El nombre produjo como una crispación en los que estaban allí. Conocían de sobra a Lester. No hacía falta que el *sheriff* enumerara sus méritos, cosa que hizo a pesar de todo, con voz monótona:

—Lester pacificó Carson City hace cinco años. Mató allí a tanta gente que se dice que hubo que ampliar el cementerio de la ciudad. Luego le contrataron en Abilene e hizo allí otra «liquidación» brutal. Al cabo de un mes, no chistaban ni las ratas. Posteriormente estuvo contratado en Omaha. Todo el mundo recuerda que allí deshizo la banda de Chrysler. Y podría hablar —de otros trabajos suyos, pero los conocéis perfectamente.

Todos los reunidos se miraron.

Sí, conocían perfectamente la fama de Lester.

Uno se atrevió a murmurar:

—Pero es caro…

—Cierto —reconoció el *sheriff*—. Lester nunca ha sido un pistolero barato, pero ¿qué puedo decirles sobre eso? Las cosas buenas se pagan, ya que se sabe. Además, el dinero no ha de ser

problema cuando se trata de la salvación de la ciudad. Haciendo un pequeño sacrificio todos los que estamos aquí, reunimos una suma muy considerable. Yo mismo estoy dispuesto a dar todo mi sueldo de tres meses, puesto que reconozco que Lester me ayudará a mí más directamente que a nadie…

Casi todos asintieron.

Otro murmuró:

—Pero tengo entendido que Lester no trabaja desde hace tres años.

—¿Y qué?

—Pienso si estará retirado.

El sheriff negó.

—Lo que ocurre es que tiene ya mucho dinero y sólo acepta encargos verdaderamente importantes. El nuestro lo es.

—Por supuesto.

—Pero ese hombre, ¿estará en forma?

—Un hombre de su clase siempre lo está —murmuró el *sheriff*—. Seguro que se entrena a diario.

—Entonces…

El *sheriff* recapituló:

—Ya conocen ustedes el problema y su posible solución. Propongo que votemos.

—Yo voto por contratar a Lester.

—Y yo.

—Y yo.

—Lester puede salvarnos.

—Que venga Lester.

Todos los ojos se volvieron hacia Mónica Bentham cuando el turno de la votación llegó hasta ella.

Los ojos la miraron.

Mónica parecía algo indecisa.

—¿Usted qué opina? —preguntó el *sheriff*—. Hable, señorita Bentham. Usted representa a su padre, y el voto de su padre, en cuestiones así, siempre tuvo la mayor importancia.

Ella se encogió de hombros.

—A mí no me acaban de gustar las soluciones violentas ni me agradan los matones a sueldo —dijo—, pero veo que la mayoría ha votado ya. Por lo tanto de nada me serviría votar en contra. Está

bien. Que venga Lester…

CAPÍTULO II

La chica murmuró:

—Ven, Lester.

Era una chica aún muy apetitosa, a pesar de que ya debía pasar de los treinta.

El hombre se volvió.

—¿Qué quieres, Gloria?

—No te has despedido de mí.

—Es verdad, perdona.

—Después de haber pasado tantas horas juntos, parece como si ya estuvieras aburrido.

—No creas eso, Gloria; no lo creas de ningún modo.

—Pues bésame.

Lester se acercó y la besó.

Por fin ella runruneó, satisfecha:

—¿Cuándo quieres que vuelva?

—La semana que viene, Gloria.

—Hum… Ya no eres el mismo. Antes necesitabas verme cada día.

—Es que la gente murmura…

—¿Y qué? ¿Crees que la gente no sabe que nos queremos? Bueno, que te quiero yo a ti, porque de lo contrario ya no estoy tan segura…

Lester suspiró:

—De acuerdo. Vuelve mañana, cariño.

—Así me gusta —runruneó Gloria.

Y salió.

Lester se pasó las manos por los ojos una vez ella hubo salido.

Estaba cansado.

Al fin se acercó al espejo del tocador.

Ya se había lavado y afeitado, o sea, que estaba muy presentable.

Pero le faltaba un importante detalle.

Se revolvió un poco el cabello y notó que las raíces ya volvían a estar blancas. Aquello de las canas era un problema.

A algunas chicas les gustaban, pero tener canas resultaba en su oficio un pecado mortal. Nadie contrata a un pistolero que ya tiene los cabellos blancos.

Y por eso llevaba dos años sin trabajar.

Comiéndose lo que había ganado en otro tiempo.

Pero, en fin, las cosas se arreglarían.

Él tenía esperanzas.

Sacó del rincón más oculto del cajón central una botellita y un cepillo y se dedicó a teñirse aquellas raíces indiscretas. Una vez terminada la tarea, parecía de nuevo un hombre muy joven. Lester estaba en la cuarentena, pero su piel era tersa y juvenil, y sus músculos bien marcados. Todo eso le daba un aspecto de chico que empieza. Si no fuera por aquellas malditas canas…

Encajó el revólver en la funda y dejó la habitación.

Ahora vivía en Albuquerque, Nuevo México.

Albuquerque quedaba un poco lejos de los sitios de sus hazañas. Lo había escogido a propósito porque le convenía estar un poco retirado. Le interesaba que en las ciudades ricas y violentas (Amarillo, Abilene, Wichita, Tombstone, Dallas, Kansas City y otras) se le siguiera teniendo como una leyenda, como un pistolero que ya se había retirado porque era fabulosamente rico.

Lester entró en la sala de juego que había en el hotel.

Allí ya le esperaba Carson.

Extraño tipo aquel tal Carson.

Alto, fuerte, con músculos de boxeador y manos de jugador o de pistolero. Una de las combinaciones más sorprendentes que había visto Lester. Con unos ojos grises y helados que presagiaban la muerte, y al mismo con una mirada limpia y clara que tenía sorprendentes destellos de humanidad.

Carson le sonrió.

—Parece un poco cansado esta mañana, Lester.

—¡Uf! He tenido una noche muy agitada.

—Sí, ya he visto pasar antes a una mujer despampanante.

—No haga suposiciones arriesgadas, Carson. Entre esa mujer y yo no hay nada.

—Basta con que lo haya habido.

Lester se sentó ante la mesa, cubierta con un tapete verde, e hizo una seña al camarero. Éste le sirvió lo que durante dos años había sido el desayuno inalterable de Lester: un vaso de leche y otro en el que había mezclados *whisky* y ginebra.

Después de beber aquella extraña mezcla, Lester ya se sintió más entonado.

Carson le miraba sonriendo.

Diríase que hasta con simpatía.

Pero nunca se estaba seguro de si en aquella mirada helada había simpatía o deseos de matar.

Lester murmuró:

—Celebro mucho que haya acudido a la cita y me haya esperado, Carson. Eso es vital para mí.

—Le he esperado por una simple razón de cortesía.

—¿Qué quiere decir?

—No pienso jugar —musitó Carson.

Lester se estremeció.

Hizo una seña al camarero para que le trajeran otro combinado de ginebra y *whisky*.

Sólo cuando lo hubo bebido pareció encontrar fuerzas para susurrar:

—Se lo pido por favor, Carson. Nunca he pedido nada a otro hombre, pero esta vez no me avergüenzo. Repito: se lo pido por favor.

—¿Qué pretende?

Lester hizo un gesto de desaliento.

—Mire, Carson, yo gane muchísimo dinero hasta hace un par de años. Era un hombre respetado y rico. Pero entonces hube de estar unos meses inactivo a causa de una herida, y cuando me repuse ya todo había cambiado. Se empezó a decir por ahí que estaba acabado y que me había hecho viejo. Lo cierto es que desde entonces sólo he tenido un contrato bueno, y lo fallé. Lo fallé por verdadera mala suerte. El hombre a quién había de matar consiguió herirme en el rebote de una bala, aunque sin consecuencias. Pero mi fama decayó

aún más, y ya no volvieron a llamarme desde ningún sitio importante.

Carson le escuchaba con atención.

Musitó:

—Sé que ha tenido ofertas de muchos sitios, Lester.

—Bah… Sitios pequeños, sitios de mala muerte. Poblaciones en que te ofrecen jugarte la piel a cambio de quinientos dólares. Si yo aceptara esos trabajos, perdería todo mí cartel. Cuando uno ha estado arriba, amigo, ya no puede bajar. Por eso no los acepto y pongo como excusa que soy demasiado rico. Espero que algún día vuelvan los grandes contratos. Los trabajos de veinte mil dólares y más. Y estoy seguro de que llegarán. Hay muchos sitios en que yo mantengo toda mi fama.

—¿Pero en todos conocen su edad?

—No. En muchos lugares piensan que soy más joven.

Carson encendió un cigarrillo lentamente.

—¿De qué ha vivido estos dos años, Lester? —preguntó.

—De mis ahorros.

—¿Y cómo es que ahora ya se ha quedado sin blanca?

—Por culpa de hombres como usted.

Carson acusó la acusación con una leve sonrisa, mientras retiraba el cigarrillo de sus labios.

—¿Por culpa de hombre como yo? ¿Qué culpa?

—Los jugadores siempre han sido mi perdición —confesó Lester —. A mí me gusta jugar.

—Yo no soy un tahúr.

—Lo sé, Carson. Mejor dicho, no sé quién es usted, excepto que juega endiabladamente y que siempre gana.

—Cuestión de suerte. Ya ha visto que no hago trampas.

Lester cruzó las manos y le dirigió una mirada casi angustiosa.

—Anoche me ganó lo último que me quedaba —dijo roncamente.

—Es cierto. Fue una noche fatal para usted, Lester.

—Y yo le pedí que esta mañana volviéramos a encontramos otra vez aquí, ante el tapete verde.

Carson sonrió.

—Y yo he acudido —dijo.

—Quiero que me de una oportunidad, Carson —dijo Lester con

la misma voz angustiada y ronca—. La necesito. Si usted se lleva todo el dinero que me ganó, ya no volveré a levantar cabeza.

—¿Necesita un préstamo?

—No, no quiero eso. Los préstamos hay que devolverlos. Lo que quiero es tener una oportunidad de ganar.

Carson meneó la cabeza negativamente.

—Le acabaría de hundir, Lester. Y además usted ya no tiene nada que perder.

Lester hizo un gesto de pesadumbre y tiró de la cadena de oro para sacar un reloj del mismo metal. Era una magnifica pieza, una obra de arte que además desprendía notas musicales al cantar las horas. Quizá Carson no había visto nunca un reloj tan hermoso como aquél.

Lester lo mantuvo colgado de la cadena mientras lo hacía oscilar ante sus ojos.

—¿En cuánto lo tasaría, Carson? —musitó.

—En mil dólares.

—Es una buena tasación. Hoy sólo valdría unos novecientos. Pero pongamos que usted es generoso y ofrece mil.

—Lester, no quiero dejarle sin eso también. Usted puede venderlo y comer. Hágame caso: no se quede sin nada.

—¡Hágame caso usted a mí! —Lester se había puesto nervioso—. ¡Soy un hombre y le pido una oportunidad! ¡Usted no puede negármela! ¡Me juego mi reloj a cambio de mil dólares!

—Supongamos que los gana. No hará gran cosa con eso.

—Con mil dólares puedo seguir jugando —susurró Lester con ojos fanatizados—. Puedo tentar la suerte otra vez. No con usted, Carson, sino con otros. Yo he visto partir de mil dólares y ganar cincuenta mil en una noche. También yo puedo lograrlo. Deme esa oportunidad y no se arrepentirá, Carson. Se lo agradeceré toda la vida.

—Al revés, Lester. Me odiará toda la vida si le gano.

—No lo crea. No soy rencoroso. Toda la vida he sido un profesional y sé ganar y perder.

Carson no contestó.

Solamente, mientras miraba con fijeza al hombre que tenía frente a sí, extrajo mil dólares del fajo que llevaba en uno de sus bolsillos y los puso sobre la mesa.

Lester depositó el reloj encima de los billetes.

—Cartas —pidió.

Se notó que estaba ansioso. Barajaba con manos temblorosas.

Y un jugador debe tener los nervios templados cuando se juega tanto como se jugaba Lester.

Pidió naipes y descartó dos veces sin reflexionar demasiado. Su rival descartó una sola vez.

—Si quiere —musitó—, podemos repetir. Si usted cree que no tiene buen juego, no se arriesgue, Lester.

Lester miraba nerviosamente las cartas.

Tenía un juego que no era malo del todo.

Doble pareja.

En cambio, su rival podía no tener nada y decir aquello de anular la partida para no perder y en la siguiente tener más suerte.

Quizás era una treta.

—Me arriesgo —musitó.

—Piense que tengo buen juego.

Lester se mordió el labio inferior.

Podía ser un farol.

¡Al diablo!

—Veamos ese juego —musitó.

Y mostró sus naipes, con la doble pareja. En cambio, Carson tenía escalera de color. Los ojos de Lester se enturbiaron un momento, mientras por ellos pasaba como una chispita de locura.

Pero supo dominarse pronto. Verdaderamente era un profesional. Controlaba sus emociones.

Carson tomó el reloj entre sus dedos expertos y lo examinó detenidamente.

La tapa delantera de oro macizo.

La tapa posterior.

Una maravilla.

—Lo siento —musitó—. Lo ha perdido todo, Lester.

El pistolero hundió la barbilla sobre el pecho.

Hizo esfuerzos patéticos para mantenerse sereno. Se apoyó en la mesa para mantenerse firme y cerró un momento Los ojos.

—¿Quién es?

La voz parecía llegar desde muy lejos, parecía llegar desde el otro confín del mundo.

—¿Qué dice?

—Pregunto que quién es esta chica.

Lester abrió los ojos al fin.

Vio que Carson había alzado la tapa posterior del reloj, en el interior de la cual estaba encajada una deliciosa miniatura. Aquella miniatura representaba la cara de una preciosa muchacha.

—Ah —susurró—, es mi hija.

—Ignoraba que usted fuera casado.

—Soy viudo. Anna nació cuando yo era aún muy joven. Su madre murió.

—Muy bonita. Una chica preciosa. Le felicito, Lester.

Y cerró la tapa.

Se oyó un leve «clic».

Y aquel leve «clic» pareció resonar como un cañonazo en las profundidades del cerebro de Lester.

Sujetó por una manga a su rival, que ya se levantaba.

—Carson…

—¿Qué hay?

Lester le miró fijamente.

Parecía que iba a volverse loco.

—Carson —bisbiseó—, ¿de verdad le gusta esa chica?

—Pues… sí, es bonita. ¿Por qué?

—¿En cuánto la tasaría usted?

—¿Qué dice? ¿Se ha vuelto loco?

—¿En cuánto la tasaría usted?

—¡Lester, no quiero seguir hablando!

—Dé una cifra.

—¡Lester…!

—Por Dios, de una cifra.

La mirada del pistolero era suplicante. Era a la vez la mirada de un diablo y la mirada de un perro.

Carson se volvió a sentar otra vez.

Estaba asombrado.

—Hablando en pura teoría —dijo—, yo la tasaría en… pongamos tres mil dólares.

—Póngalos sobre la mesa.

—¿Qué dice…?

—Póngalos.

—¿Y usted qué pone, Lester?

—Me juego la chica. Ella hará lo que yo le diga. Me la juego.

Carson le dirigió una mirada donde se leían a la vez el asombro y el asco.

—Está loco, Lester —bisbiseó—. Me niego a hablar con usted.

Y fue a levantarse de nuevo, pero el pistolero le sujetó por la manga férreamente.

—¿Qué puede perder, Carson? —Silabeó.

—O pierdo tres mil dólares o pierdo la moral. No sé qué es peor, amigo.

—No diga que tiene miedo, Carson.

—No lo he tenido jamás.

—Pues entonces juegue.

La mirada de Lester era obsesionante de tan fija. Llegaba a hipnotizar.

Sin dejar de mirarle, Carson puso tres mil dólares sobre la mesa.

El otro no puso nada.

Pero en realidad los dos sabían que era terrible lo que ponía.

Ponía un pedazo de su alma.

—¿Dónde la tiene, Lester?

—En un colegio cercano a Kansas City. Ingresó allí la semana pasada. Antes estaba en otro colegio, pero allí ya no podían enseñarle nada más. Por eso la trasladé. El sitio dónde está ahora es una residencia elegante. Sólo para chicas bien. Carson apretó los labios.

—¿Edad? —bisbiseó.

—Diecisiete.

Los labios de Carson se apretaron más.

Formaban una extraña, casi una horrible mueca.

—¿Una chica dócil?

—Hará lo que yo le mande.

—Baraje, Lester.

—No. Hágalo usted. Antes me ha dado mala suerte. Carson barajó.

Sus dedos no temblaban.

Lester cortó.

Sus dedos temblaban.

Carson repartió cinco naipes por lado.

Descartó una vez.

Lester también sólo una.

Pareció satisfecho con su juego.

No se daba cuenta, pero los ojos le traicionaban.

Bisbiseó:

—Soy yo quien decide, Carson. Quiero que mostremos las cartas ahora.

—¿Tan seguro está en su juego?

—Muéstrelo, Carson. Menos palabras. Que hablen los naipes.

Y mostró los suyos.

Tenía póquer de ases.

Estaba seguro de ganar.

Sus ojos brillaban febrilmente.

Con un gesto lleno de calma, Carson mostró los suyos. Escalera real.

Lester quedó anonadado.

Le pareció que el mundo entero se desplomaba sobre su cabeza. Le pareció que un zumbido espantoso entraba en sus sienes, y que aquel zumbido era el de la muerte.

—Dios santo… No puede ser…

—Cuente los naipes de la baraja, Lester. No ha habido trampa.

—¡Es… es imposible!

—Le advertí que no jugara. Hay cosas con las que uno no debe chocar tantas veces. Usted debió haber comprendido que tiene mala suerte conmigo.

—Ahora… ya es tarde.

—Sí, Lester, ya es tarde…

—Pero usted podría… renunciar.

—No, Lester. Las deudas de juego son deudas sagradas.

—La chica la hemos tasado en tres mil. Yo se los pagaré algún día.

La cabeza de Carson se movió de un lado para otro, con expresión inmutable.

—No, Lester. He ganado e iré a por ella. Y usted me acompañará.

Ahora, de pronto, sí que parecía terriblemente un viejo.

—Lo haré, Carson, claro que lo haré. Y después me hará un gran favor sí… si me pega un tiro.

No piense en eso, Lester. Vamos, le invito a un trago.

El pistolero se negó. No podía tragar ni saliva. Pero tampoco hubo tiempo, porque en aquel momento entró el muchacho empleado en la oficina de Telégrafos.

—Señor Lester, un telegrama para usted. Viene de Kansas City.

Era evidente que ya no esperaba recibir noticias de nadie.

Pero en sus ojos brilló la esperanza por primera vez en mucho tiempo, y sus dedos temblaron al rasgar el sobre.

El texto decía:

> «Del presidente de la Junta de Vecinos y el juez de Kansas City al señor Richard Lester, en Albuquerque, Nuevo México.
>
> »Ofrecemos contrato en firme y garantizado por valor de treinta mil dólares. Misión: eliminar banda pistolero Berkeley y garantizar seguridad jurado para juicio contra el mismo. Le rogamos confirme aceptación por telégrafo y se ponga en camino cuanto antes.
>
> »Agradecidos.
>
> »Firmado: GOLAN».

Lester dejó el papel sobre la mesa.

Diríase que estaba emocionado. Sus ojos brillaban otra vez con un fulgor de vida.

—Léalo, Carson.

Carson lo leyó.

—¿Y qué? —musitó al final.

—Son treinta mil dólares.

—Estupendo. Le felicito, Lester.

—¿Es que no me ha entendido? Ese telegrama significa que alguien vuelve a tener confianza en mí. Kansas City es una de las poblaciones más importantes de los Estados Unidos.

—Tienen confianza en usted porque no le conocen, Lester.

—¿No me conocen…?

—Quiero decir esto: No saben que usted está gastado.

Lester encajó con los ojos cerrados aquellas palabras que para él

eran las más crueles del mundo.

—Oiga, Carson —musitó al cabo de unos instantes—, yo resolveré esa papeleta y ganaré treinta mil dólares. Puedo pagarle a usted lo que le debo. Por lo tanto considere sin valor todo lo que hemos dicho sobre mi hija.

Carson rió lentamente.

Sus ojos, helados y grises, seguían siendo inescrutables.

—El juego es el juego, Lester —musitó.

—¿Que… quiere decir?

—Yo he ganado una cosa y me la quedo. Tendrá usted que acompañarme a ese colegio dónde está su chica.

Los labios de Lester temblaron.

—Carson, nadie sabe mejor que yo lo que es el juego —musitó —, pero hay cosas que no pueden hacerse.

—«Usted las ha hecho» antes que yo, Lester.

El pistolero se sintió derrumbado.

Sus ojos rodaron por la sala vacía hasta detenerse en un punto imprecisable, sin mirar a ninguna parte.

—Lo único que puedo decirle, Carson —musitó—, es que voy a cumplir ese trabajo a Kansas City.

—Muy bien, amigo. Excelente. Y como ese delicioso colegio del que me ha hablado está tan cerca de Kansas City, yo voy a seguirle…

CAPÍTULO III

El juez Golan miró al hombre que tenía enfrente.

Y pensó para sí: «Creía que era más joven».

Pero se guardó aquella impresión, un poco desalentadora, y tendió la mano al recién venido. Notó que la mano de Lester era fuerte y recia, lo que de nuevo le tranquilizó.

—Celebro que haya venido tan pronto, Lester —musitó—. Yo soy el juez Golan, que le puso el telegrama. Siéntese.

Cuando el otro hubo tomado asiento, le ofreció cigarrillos.

—Quizá le extrañe a usted que un juez intervenga en esto —murmuró Golan—, pero las circunstancias en que se encuentra la ciudad lo hacen necesario. Le explicaré.

Y contó a Lester lo que había sucedido últimamente, para al final añadir:

—Quiero garantizar la seguridad del jurado, y por lo tanto necesito que la banda de Berkeley no pueda intervenir. Es tan numerosa y organizada que sólo un hombre muy experimentado podría luchar contra ella. Sabemos que usted ha hecho trabajos muy difíciles en otras ciudades.

—Cierto, y siempre a satisfacción de mis clientes. Por parte de los muertos, tampoco ha habido jamás la menor reclamación.

Y Lester rió silenciosamente.

El juez se sintió animado otra vez, al notar la seguridad con que hablaba aquel hombre.

—Recuerde que no debe matar a Berkeley —murmuró—. Berkeley comparecerá ante el jurado.

—Lo entiendo perfectamente.

—Quiero que conozca a Berkeley. Generalmente a esta hora bebe en el porche del hotel que está situado justo enfrente de mí

ventana. Parece como si quisiera desafiarme y burlarse de mí.

—Cierto. Me gustaría conocerlo.

—Acérquese, por favor.

Y Golan le señaló la ventana.

Al dar el sol en la cabeza de Lester, el juez notó un leve detalle que no había captado antes. El cabello del pistolero era totalmente negro, pero el nacimiento de sus raíces aparecía levemente blanco. Eso indicaba que Lester se teñía el pelo para parecer más joven. ¿Cuántos años debía tener de verdad? ¿Era quizás un hombre gastado, como se rumoreaba en algunos sitios?

Antes de llegar a la ventana, Lester se volvió hacia él.

—Usted me habló de treinta mil dólares —dijo—. Yo tengo por costumbre cobrar un anticipo.

—¿Tiene prisa?

Bueno… es sólo por costumbre.

El juez pensó: «Ya lo creo que tienes prisa, amigo. ¡Ya lo creo que tienes prisa…!»

—Le daré diez mil, ¿le parece?

—Es muy razonable.

—Diez mil más cuando la banda de Berkeley esté ya muy destrozada y los últimos diez mil cuando hayamos ganado la partida, ¿le parece?

—Por supuesto que sí.

El juez le tendió un cheque que ya tenía previamente firmado.

—Puede cobrarlo al salir de aquí —dijo—. Y ahora vamos a la ventana para que conozca a ese tipo.

En efecto, al otro lado de la calle, enfrente de la ventana del juez, se extendía el porche del mejor hotel de la ciudad. Ya no era un hotelucho de los de veinte años atrás, en la etapa heroica de Kansas City, sino un local lujoso y con todas las comodidades modernas. En el porche, en torno a una mesa, bebían tres hombres.

Golan musitó:

—Ahí lo tiene. El de la flor en la solapa.

Lester asintió.

—Sí, ya veo. El de la izquierda.

Golan parpadeó.

—¿Queeeeé…?

—Digo que el de la izquierda.

—Oiga… ¿Usted ve bien la flor en la solapa?

—Claro que la veo.

—Es que… el que la lleva es el del centro. El gordo.

Lester entrecerró los ojos.

—Claro… ¡Qué tontería! Me he confundido. Es que el de la izquierda tiene una mancha blanca en la solapa y me había parecido que…

—La flor no es blanca, sino roja.

—Bueno, he querido decir…

—Cualquiera puede confundirse en un caso así —murmuró cortésmente el juez—. Además usted no los conoce. Es natural.

Pero estaba helado por dentro.

Acababa de dar diez mil dólares y acababa de contratar en firme… ¡a un hombre que no veía!

¡A un cegato!

¡A un hombre tan gastado que ya necesitaba lentes, aunque se negara a ponérselos!

Pensó:

«Lo matarán a la primera».

Y por eso dijo, con la misma voz educada y sin querer reflejar su preocupación:

—Ahora que usted lo ha visto, quizá quiera volverse atrás, Lester. Sepa que Berkeley es un hombre muy peligroso.

—Lo supongo. ¡Pero volverme atrás de ninguna manera!

Y se tocó discretamente el bolsillo en el que ya había guardado el cheque.

—Piénselo dos veces, Lester. Me sabría mal que muriera. De entrada se me ha hecho usted simpático. De verdad que me sabría mal.

—No se preocupe por mí. Haré mi trabajo perfectamente.

Golan tragó saliva.

En fin, ya era tarde para volverse atrás.

—Entonces espere —dijo—. Voy a mostrarle otra cosa.

Y se acercó a un panel de pared, al fondo del despacho, descorriendo mediante un tirador las cortinas que lo cubría completamente.

Detrás, pegadas en la pared, había más de doce fotografías de hombres. Un verdadero archivo.

Señaló uno de ellos.

—¿Ve éste? —preguntó.

—¿El de la barba?

—No, hombre, el de la barba es el de al lado. A éste lo que le pasa es que lleva negro el cuello de la camisa.

—Ah, sí… Ya lo veo.

Golan se pasó la mano por la boca.

Estaba aterrorizado.

Pero con voz que quería ser tranquila, continuó:

—Éste es Bradley, jefe de grupo. Los pistoleros de Berkeley se dividen en grupos, cada uno de los cuales tiene una misión. Usted puede obrar según le convenga, pero mi sugerencia es ésta: si elimina a los jefes de grupo, los pistoleros subordinados no sabrán que hacer y se dispersarán fácilmente.

—Lo entiendo.

—Creo que debería eliminar primero a Bradley. Los efectos morales sobre los demás serian desastrosos.

—Es un consejo muy acertado.

—Fíjese bien en él.

—Sí, ya lo veo. Camisa negra, ojos pequeños, una cicatriz en la oreja…

Por fin Lester parecía ver cómo una persona normal. El juez respiró aliviado.

«Menos mal… —pensó—. Tal vez eso de la vista le sucede sólo a rachas».

—¿Acabará con él?

—Delo por muerto. Y si es usted piadoso, empiece a rezar por su alma.

—Mientras no tenga que rezar por la tuya…

—¿Qué dice?

—No, nada, nada… ¿Qué arma piensa emplear?

—Un revólver de cañón muy largo que llevo entre mis armas especiales. Le advierto una cosa, juez. Cuando se trata de bichos de ésos, yo mato sin avisar. Actúo un poco como un asesino.

—Semejantes procedimientos me repugnan un poco, pero comprendo que son necesarios —dijo Golan.

—Entonces encargue los funerales por Bradley. Lo mataré hoy mismo. Y haga un trato con la funeraria. Es seguro que con tantos

«clientes» le concederán rebajas.

Y Lester salió.

El juez estaba estupefacto.

Miraba la puerta como si acabara de ver esfumarse una aparición.

¡Con qué seguridad hablaba Lester! ¡Qué aplomo tenía al mencionar a los hombres que iba a llevarse por delante!

Pensó que podía tener confianza en él.

Lo de la vista debía haber sido algo transitorio…

Lester volvió al hotel en que se alojaba, y que no estaba entre los más distinguidos de la ciudad. Había dado allí un nombre falso. No le interesaba llamar la atención ni que se rumoreara por ninguna parte su presencia en Kansas City.

Entró en su habitación.

E inmediatamente notó que había allí alguien.

Llevó la mano al revólver, pero lanzó un suspiro de desaliento al ver que el que estaba sentado en una de las butacas era Carson, quien fumaba tranquilamente.

—Hola, Lester —murmuró.

Lester contempló al joven con expresión preocupada.

—Creí que había tenido la suerte de perderlo de vista —dijo—. Durante el viaje me pareció que lo había despistado varias veces.

Carson rió.

—Es que volví a Albuquerque —dijo.

—¿Para qué?

Carson volvió a reír y extrajo una botellita pequeña, que tendió al pistolero.

—Noté que usted se había olvidado su tinte para las canas —dijo.

Lester tomó la botellita de un zarpazo.

—Sus bromas no tienen ninguna gracia, Carson.

—Al contrario. ¿Por qué se lo toma así? No he querido más que hacerle un favor.

—Váyase al infierno.

—Al contrario. Quiero ir al cielo. Quiero conocer a su chica.

Lester tragó saliva penosamente.

—Carson —musitó—, creí que usted había reflexionado sobre eso.

—Claro que he reflexionado. Y cuanto más lo hago, más me gusta la idea. Diecisiete añitos…

—Si no se tratase de una deuda de juego, y por tanto de una deuda de honor, le mataría, Carson.

—Exacto, Lester. Una deuda de honor. Yo puse encima de la mesa tres mil dólares y usted no puso más que su palabra. Quiero que la cumpla. Quiero que me presente a su hija cuanto antes y la aleccione bien sobre lo que debe hacer.

—Por favor…

—¿En qué colegio está?

—Ahora sólo debe llevar un par de semanas en el Alliance College. Está a unas millas de aquí.

—¿Por qué no me acompaña?

—Lo haré, pero antes quiero empezar mi trabajo, Carson. Me han señalado al primer hombre a quién debo matar. Me gustaría empezar inmediatamente.

Y abrió un maletín negro que tenía sobre la cama.

Su interior estaba tapizado de rojo, y en el aparecían encajadas varias armas especiales, desmontadas en piezas. Llamaba la atención principalmente un revólver «Colt» de recámara normal, pero de cañón tan largo que hacía recordar a un rifle. Naturalmente, las dos piezas iban separadas. Lester las tomó y enroscó el cañón hábilmente.

Carson le miraba con curiosidad.

—Tiene usted un verdadero arsenal —dijo.

—Todo obrero ha de tener sus herramientas —contestó sencillamente Lester.

—¿Qué va a hacer con ese petardo?

—Matar a mí primer hombre.

—¿Quién es?

—Un fulano que lleva siempre camisa negra, tiene ojos pequeños y una cicatriz en una oreja.

—Lo conozco —murmuró Carson.

Lester le miró con sorpresa.

—¿Acaba de llegar a Kansas City y ya lo conoce? —musitó.

—Bueno… Es que es un tipo que llama la atención. Tiene un aspecto tan patibulario que por fuerza hay que fijarse en él. Lo he visto al venir hacia aquí.

—¿Dónde?

—Jugaba una partida de naipes al aire libre en la parte trasera de un saloon llamado Vulcan.

Lester tomó el gigante «Colt» y lo escondió cómo pudo debajo de su levita.

—Gracias por el informe, Carson. Voy hacia allí.

—Sí que empieza a trabajar pronto…

—Quiero hacer honor a la confianza que han depositado en mí. No soy un desagradecido ni un inútil.

—Es estupendo pensar así. Me gustaría ver cómo lo hace, Lester. Siempre se aprenden cosas.

—Entonces sígame, pero no se meta en nada. No pienso correr riesgos. En realidad lo que voy a cometer es un asesinato.

—Dirá más bien una ejecución.

—Sí. Eso suena más fino: una ejecución.

Y Lester salió.

Carson le siguió a poca distancia.

Sus facciones seguían siendo inescrutables.

Nunca había visto actuar a un «pacificador» de la categoría de Lester, y quería saber cuáles eran sus métodos. No podía negar que le dominaba una viva curiosidad.

Lester caminó tranquilamente.

No llamaba la atención de nadie y parecía un paseante más de la gran ciudad.

El Vulcan estaba cerca.

Era un saloon de rompe y rasga donde se reunía la hez de los pistoleros de Kansas. El ambiente era detestable, pero se encontraba allí el mejor *whisky* y las mejores chicas. Razón: si alguien tenía mucho dinero en Kansas City y estaba dispuesto a gastarlo, eran los pistoleros profesionales, en especial los de Berkeley. Éstos se reunían allí en gran número, sabiendo que el *sheriff* no se metería en terreno tan peligroso.

Lester no se acercó demasiado.

Oteó el panorama a distancia.

Había unos cuantos carros vacíos a unas ochenta yardas, y él se colocó encima de uno de ellos, parapetado tras la lona. Carson estaba en un porche vacío, limitándose a mirar.

Desde allí se veía perfectamente a Bradley, que seguía jugando

la partida de cartas.

Su oponente era un tipo gordo, empleado en la casa de postas, que al parecer perdía a juzgar por sus gestos tristes.

Se les veía a los dos perfectamente.

Lester se echó el rifle a la cara.

Apuntó cuidadosamente.

Tenía razón: Aquello era un asesinato.

Pero quizás en Kansas City, y tal como estaba la situación, no se podía hacer otra cosa.

Lester siguió apuntando.

Carson pensó:

«Adiós, Bradley, muchacho. Que el Señor se apiade de tu alma».

Sonó un disparo.

Se oyó un aullido de muerte.

Un hombre cayó.

Carson se llevó las manos a la boca, aterrorizado.

¡El que había caído no era Bradley!

¡Era el tipo que estaba sentado enfrente!

Bradley sacó el revólver inmediatamente y empezó a disparar, pero como no sabía de dónde había llegado la bala, tuvo que contentarse con enviar plomo al aire. Lester pudo descolgarse tranquilamente del carro y alejarse de allí sin ser visto. Siempre con el arma oculta, entró en un saloon cercano y pidió una copa.

Carson se situó enseguida junto a él.

—¿Pero encima va a beber? —farfulló.

—Hombre, claro que sí.

Y Lester alzó su copa mientras decía en voz baja:

—Todo ha salido estupendamente. Primer trabajo con éxito. Brindo a la salud del muerto, de ese tipejo llamado Bradley.

Carson se pasó la mano por la boca.

—Oiga…

—¿Qué?

—¿De verdad no se ha dado cuenta?

—¿Darme cuenta de qué, amigo?

—¡Bradley sigue vivo aún! ¡El que la ha palmado ha sido el otro!

La mano de Lester, que aún sostenía la copa en alto, se abrió.

La copa cayó al suelo y se hizo añicos.

—¿Qué dice, Carson? —musitó.

—Oiga, Lester. ¿Usted ve bien?

—Veo perfectamente. Por ejemplo veo aquella chica estupenda que pasa por el otro lado de la calle y que lleva puesto un vestido rojo.

Carson se volvió a pasar la mano por la boca. Sus sienes sudaban.

—La «chica estupenda» que usted ve, es el repartidor de una casa de modas que lleva un vestido rojo colgado de una percha, Lester.

—Bueno, a veces uno se confunde… Ha pasado muy aprisa.

—Por el amor de Dios, Lester… Póngase gafas.

—No puedo. Un asesino profesional con gafas es lo más ridículo que existe. No me contratarían ni para matar el pavo el día de Navidad.

—Pues deje este trabajo, Lester.

—Tampoco puedo. Me han dado un anticipo, y mi fama depende de que lo realice bien.

—Oiga, Lester. ¡Óigame por el amor de Dios! ¡Si usted sigue así, Kansas City se va a quedar vacía! ¡Tiemblo al pensar que uno de sus asesinos pueda pasar cerca de una fila de niños cuando salen de la escuela! ¡Seguro que el asesino se salva y a los niños se los carga usted todos!

—No diga tonterías. Un error lo puede tener cualquiera. Y si Bradley sigue vivo, yo me ocuparé de él.

—Procure hacerlo cuando esté solo…

Lester hizo un gesto de hastío.

Pagó el importe de la bebida y del vaso que había roto y salió muy dignamente del local.

Sin mirar ni siquiera atrás.

Carson se quedó muy quieto, muy preocupado, rascándose la oreja.

CAPÍTULO IV

El juez Golan se acercó con bastante misterio a la alta palmera que, en combinación con la columna, tapaba mucho la visibilidad de aquel rincón del hotel. En ese rincón estaba discretamente sentado Lester, quien leía un periódico. Lo dobló y dejó de prestarle atención al ver acercarse al juez.

Golan encendió un cigarro.

—Lester —dijo—, ha ocurrido una cosa inexplicable. Me temo que sea un nuevo sucio asesinato de esos cerdos de Berkeley.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un honrado empleado de la Casa de Postas se ha ido al cielo con una bala así de grande en su cabeza. Una bala de calibre pesado.

—Cuerno… ¡Qué cosas pasan!

—Lo curioso es que parece que Bradley estaba a su lado. En fin… ¿usted ha hecho algo para matar a Bradley?

Lester tragó saliva.

—No —mintió al cabo de unos instantes—. No he tenido tiempo, pero me ocuparé de él enseguida.

—Mejor será que lo olvide por el momento. Bradley se ha ido de la ciudad por un par de días. Deberá cambiar usted su objetivo.

—Ah, muy bien… Me parece estupendo. A mí lo mismo me da uno que otro.

—Creo que debería ocuparse de Morton.

—¿Quién es Morton?

—Otro jefe de grupo. Me he enterado de algunas cosas con respecto a él. Creo que fue uno de los que hicieron el puerco trabajo de Nelly. No sólo conviene matarlo, sino que además merece morir.

—Delo por sepultado, juez.

—También dijo lo mismo de Bradley.

—Es que de Bradley no he podido ocuparme aún, pero ya le llegará su hora. ¡Vaya si le llegará!

—Esperemos que no le llegue cuando tenga noventa años y se muera de viejo.

—¿Qué quiere decir?

—Nada, nada… —suspiró el juez—. ¿Ha cobrado ya su cheque?

—Por supuesto.

—Le diré dónde puede encontrar a Morton.

—Ya ardo en deseos de liquidarlo. Será mi primera ejecución desde que estoy en Kansas City.

—Ese hombre tiene la costumbre de cantar en el saloon de Percival.

—No me diga que es un barítono.

—No, no. Se trata de un simple aficionado. Tiene una voz detestable. Hasta se habló de que le contrataran los campesinos para ver si hacía llover… Pero como es un pistolero temible, la gente se aguanta y le escucha. Suele presentarse en el saloon de Percival entre dos de los bailes que más gustan al público: el de la «pulga» y el can-can. Naturalmente, la gente no se marcha, y en el entreacto tienen que aguantar a Morton. Una vez que uno protestó, lo dejó seco de un tiro.

—¿Por qué canta? ¿Cree que es bueno?

—Él está seguro de que llegará al Metropolitan de Nueva York. Es un sucio pistolero, pero tiene esa manía. No falla ninguna noche, de modo que si usted se da prisa lo encontrará ahora.

Lester sonrió.

—En un saloon no necesitaré el revólver largo —dijo—. La distancia es corta. Me bastará con esto.

Y sacó de la funda un revólver chato, pero que disparaba unas endiabladas balas del calibre doce. Era un temible antecesor de los revólveres que más tarde serían llamados «Bull-dog».

—Encargue la corona —susurró.

Y salió lentamente.

El saloon de Percival no estaba lejos.

Abundaban los locales como aquél en Kansas City.

Pero se había especializado en el can-can, un baile que hacía furor, y la gente lo llenaba a aquella hora a pesar de saber que tendría que aguantar a Morton.

Lester entró.

Inmediatamente se hizo cargo de la situación.

Era un hombre acostumbrado a captar el panorama de una ojeada y actuar en consecuencia.

En aquel momento se retiraban las bailarinas de can-can. El agitarse de sus faldas, de sus muslos blancos y sus medias negras había hecho que los vaqueros aullaran cien veces de entusiasmo. Pedían que el número se repitiera, pero las bailarinas se alejaban ya por ambos lados del escenario. Y entonces irrumpió Morton.

La gente le hubiera matado con mucho gusto.

Pero nadie se atrevió a chistar.

Morton impuso silencio con un par de enérgicos ademanes, señaló su revólver para que los más tozudos se enterasen de que iba, e hizo un gesto al pianista para que atacara la melodía.

Luego se puso a cantar.

Morton era un gigantón que medía casi dos metros y tenía músculos de bisonte.

Pero el muy maldito tenía voz de jilguero y hasta de vez en cuando hacía gorgoritos.

Lester apretó los labios.

Había visto ya el sitio desde donde disparar.

En el piso superior, a la derecha, había unos palcos, cada uno de los cuales tenía una ventana por la que poder huir después del disparo. Y uno de los palcos, el que daba casi encima del piano y el cantante, estaba vacío.

Se dirigió al camarero que vigilaba las escaleras.

—Quiero arriba una botella de champán —dijo—. Ah… Y si por casualidad se deja caer por allí alguna de las bailarinas del can-can, le aseguro que no tendré ningún disgusto.

—Bien, señor.

Lester le dio una generosa propina.

—Súbalo dentro de cinco minutos.
—Voy a encargar la botella, señor.
Lester iba a subir cuando una mano se posó en su espalda.
—Lester…
El pistolero no tuvo necesidad de volverse.
Había reconocido la voz.
—¿Qué diablos chamulla, Carson?
—No le pierdo de vista, Lester. Usted me debe una cosa que considero muy importante.
—¿Y no le daría lo mismo entretenerse con las chicas del can-can?
Se las pago todas si quiere.
—No, Lester. Yo quiero lo que he ganado y nada más.
—Tenga paciencia. Quiero hacer antes este trabajo. Mañana tal vez le lleve al Alliance College.
—¿Un trabajo?
—Sí.
—Oiga, Lester, en el saloon hay mucha gente.
—Yo sé a quién tengo que matar.
Y señaló con el mentón a Morton, que en aquel instante lanzaba unos gorgoritos de espanto.
Muy bien, hágalo. He oído decir que es un cerdo. Y además un tío que canta así merece la muerte. Pero que no le pase nada, Lester. Usted vale mucho para mí.
—Descuide… Ya sé lo que valgo.
Y Lester subió las empinadas escaleras hasta el palco.
Una vez allí paseó su mirada por la sala.
La posición de tiro era ideal.
Ni un obstáculo entre él y su víctima, que en aquel momento, queriendo hacer un agudo, soltaba unos gallos a los que sólo les faltaban las plumas.
Lester sacó el revólver poco a poco, sin que lo notara nadie.
Abajo en la sala, Carson miraba fijamente a Morton y casi sentía deseos de rezar por él.
Era ya un cadáver.
Contó mentalmente los segundos que con toda probabilidad tardaría Lester en disparar.
Uno, dos, tres, cuatro…

¡Cinco!

¡Baaaaang!

La detonación ensordeció el local. Y un hombre dio un terrible salto, alcanzado en mitad de la cabeza.

Pero no era Morton.

¡Era el pianista!

¡Lester acababa de dejarlo seco de una bala en la frente!

¡Y Morton seguía vivo!

Carson se llevó un momento las manos a la cara mientras decía en voz baja:

«Lo que pensaba. Hasta los gatos van a tener que emigrar de Kansas City…»

Pero ya no tuvo tiempo para dedicarlo a las reflexiones, porque el tumulto que se acababa de organizar en el saloon era indescriptible.

Todo el mundo aullaba.

La gente —con Morton a la cabeza—, disparaba al azar, sin saber de dónde había llegado la primera bala.

Al fin hubo alguien más inteligente que lo comprendió. Se oyó una aguda voz que gritaba:

—¡Han disparado desde arriba, desde el segundo palco!

Varios hombres corrieron hacia allí.

Sin duda eran pistoleros de Berkeley.

Carson pensó que quizá Lester no había tenido tiempo de huir y que podía ser atrapado. Por eso puso una zancadilla al primero que llegaba, el cual fue a estrellarse contra los batientes del saloon, que quedaron hechos añicos.

El segundo se dio cuenta de la maniobra.

Intentó levantar su revólver contra Carson.

Lo «intentó», pero no lo consiguió.

Carson lo envió por los aires de un terrible gancho a la mandíbula.

Hasta entonces no había querido usar su revólver, pero estaba claro que ahora iba a tener que usarlo. Dos hombres más avanzaban hacia él. Otro se disponía a apuntarle desde detrás de una mesa.

Carson disparó desde la cadera, sin sacar el «Colt» de la funda.

El que iba a parapetarse tras la mesa fue el primero en recibir el obsequio. Cayó hacia atrás mientras se llevaba las manos al pecho.

Los otros dos giraron sus revólveres hacía Carson.

No llegaron a tiempo de apretar los gatillos.

Carson se había convertido en una especie de loco que disparaba como una máquina de matar.

Sus próximos enemigos recibieron cuatro balas en menos de cuatro segundos. Dos por barba. Y nunca mejor aplicada la frase, porque las balas fueron a sus mandíbulas.

A todo esto, el tumulto infernal en el saloon crecía y crecía.

Fuera de aquellos pistoleros de Berkeley —que ya estaban muertos—, nadie había llegado a darse cuenta de lo que sucedía. El mismo Morton estaba disparando en todas direcciones, sin apuntar, y ya había causado dos víctimas inocentes. Carson pensó por un instante en matarlo, pero había demasiadas cabezas moviéndose entre él y el pistolero, de modo que quizá liquidaría a alguien que no tuviera ninguna culpa. No se atrevió a disparar.

En cambio, pensó que el momento era favorable, para escabullirse de allí. Si seguía unos instantes más en el saloon, podían convertirle la cabeza en un colador.

Salió lo mis aprisa que pudo y se dirigió a otro saloon que había en la esquina inmediata, y donde la música seguía sonando como si tal cosa. Lo que esperaba sucedió. Allí estaba Lester, más tranquilo que nunca, bebiéndose una copa.

Carson se secó el sudor.

Nunca le había ocurrido aquello: sentía temblor en las piernas.

—Lester —musitó.

Lester le sonrió y alzó la copa.

—Brindo a la salud del muerto —dijo—. Espero que Morton ya lo esté pasando en grande en el Más Allá.

—Lester, por todos los diablos, ¿usted sabe a quién ha matado?

—Pues… a Morton, naturalmente.

—¡Narices! ¡Se ha cargado al pianista!

Lester palideció un momento.

Pero esta vez no dejó caer la copa, sino que la depositó delicadamente sobre la mesa.

—¿Quiere decir? —musitó.

—Entre en el saloon y pregunte. El pobre pianista no ha tenido tiempo ni de interpretar su propio funeral.

—Está visto que tengo mala suerte —dijo Lester, sin afectarse

demasiado—. Primero aquel empleado de la Casa de Postas, y ahora al pianista… En fin, trataré de mejorar la próxima vez.

—No habrá próxima vez, Lester.

—¿Qué dice…?

—Voy a hablar con Golan. Voy a hablar con quien haga falta. Pero usted no sigue con este trabajo porque si la próxima vez le piden que liquide a un hombre alto, se carga el campanario de la iglesia.

—Carson —dijo—, usted no puede hacerme eso.

—Lo hago en bien de la ciudad.

—Pero arruinaría mi carrera.

—¿Qué «carrera», Lester?

—Por favor. Yo tengo un prestigio, un nombre que defender…

—A este paso su prestigio no habrá quien se lo discuta, porque todos los habitantes de Kansas City estarán muertos.

—Se lo ruego. Espere al menos hasta mañana para decidir.

—De acuerdo —dijo—, pero prométame que no volverá a apretar el gatillo ni aunque se le venga encima una manada de bisontes.

—Se lo prometo.

—O aunque le ataquen seis jinetes a la vez.

—También se lo prometo.

—Claro —murmuró Carson—. Se cargaría a los seis caballos…

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente, cuando Carson esperaba tener con Lester una última y definitiva conversación, no lo encontró por ninguna parte. Era difícil decir donde se había metido el pistolero, pero lo cierto era que no aparecía por ningún lugar de Kansas City.

Entonces decidió ir a ver al juez Golan.

Quizá valiera la pena tener una conversación con él.

El juez Golan estaba bastante ocupado en su despacho. Cuando supo que un desconocido llamado Carson deseaba hablarle acerca de Lester, le recibió amablemente, pero sólo por cortesía. Se negó en absoluto a tratar de nada que tuviera relación con el famoso pistolero.

—Verá, señor Carson —dijo—, yo no sé si usted quiere hablarme bien o mal de Lester, pero ése es un asunto que yo no estoy en situación de tratar. La ciudad lo contrató por medio de su Junta de Vecinos, al igual que otras ciudades han hecho en momentos difíciles. Pusimos nuestra confianza en el señor Lester y hemos de mantenerla… al menos de momento.

—¿Sabe ya que anoche no murió Morton, sino el pianista que estaba a su lado?

—Ya me lo han dicho. ¿Tuvo el señor Lester algo que ver con eso?

—Pues…

—No, no me lo diga. Si hay algún fallo acerca del señor Lester, se examinará a su debido tiempo. Y ahora, si no tiene más que decirme…

—Caramba, si no he dicho nada…

—Buenos días, señor Carson. Celebro haberle conocido.

—Oiga, de ese modo no acabarán nunca con los pistoleros de

Berkeley.

—Estamos haciendo lo posible por conseguirlo, señor Carson. Además, la cosa es más complicada de lo que usted cree.

—¿En qué sentido?

—Tenemos indicios de que el señor Berkeley obedece a alguna otra persona que está encima de él. Mientras no la desenmascaremos, los crímenes continuarán. Quizá sepa usted que Berkeley no mata por matar ni roba por robar. Todos sus actos corresponden a un plan bien meditado, que ha de convertirlo en uno de los hombres más ricos e importantes de Kansas.

—¿Y sugiere usted que alguien dirige ese plan?

—Estoy seguro.

—Bueno, de un modo u otro con Lester no llegarán a resolver las cosas.

—Aprecio en mucho su opinión, señor Carson, pero repito que ése es un asunto que no puedo tratar ahora.

Carson se encogió de hombros.

Realmente ya no podía hacer más.

Había tratado de que Lester no siguiera eliminando a gente que no tenía la menor culpa, pero ya que no le escuchaba, lo mejor era retirarse. Por otra parte todo aquel asunto de Berkeley, aunque resultara de lo más lamentable, no le incumbía.

De modo que estrechó la mano del juez, se despidió amablemente y salió de allí.

Bruscamente la ciudad le pareció vacía.

Tuvo la sensación de que ya nada le quedaba por hacer en Kansas City.

A menos que…

¡Claro que sí! Iría al Alliance College. Lester le había dicho que no se encontraba demasiado lejos de allí. Y conocería a la chica…

La institución se encontraba a unas diez millas al norte. No resultaban difíciles de recorrer a caballo, puesto que el terreno era bueno. Pero de todos modos Carson, antes de llegar allí, iba a tener una buena sorpresa.

Se trataba de aquel cadáver.

Estaba en un lugar tan apartado del camino que Carson por sí mismo nunca lo hubiera visto, pero su caballo lo venteó. El animal se detuvo bruscamente en la senda solitaria y se alzó de remos,

estando a punto de desensillar a Carson.

Menos mal que éste era un buen jinete, porque de lo contrario hubiera rodado por tierra.

La cosa estaba clara. El fino instinto del animal había captado algo raro, y Carson notó enseguida de qué se trataba. Sobre el polvo del camino se notaba marcado claramente un rastro de unos tres palmos de anchura, como si alguien hubiera arrastrado por allí un cuerpo humano.

El joven siguió el rastro.

Al margen del camino había unas ramas tronchadas.

Y unas veinte yardas más allá estaba el cadáver, convenientemente oculto. Lo habían matado cara a cara, de eso no había duda, porque las heridas se hallaban en el pecho y además el individuo aún conservaba cerrada la mano sobre la culata del revólver, en un último y desesperado gesto que no le había permitido «sacar».

Debía tener unos cincuenta años.

Era grueso, casi fofo.

Muy bien vestido y con detalles de verdadera riqueza. Sin duda no le habían matado para robarle, porque aún llevaba encima un reloj de oro con gruesa cadena del mismo metal. Al registrarlo, Carson encontró bastante dinero y unas cuantas tarjetas de visita a nombre de «Samuel Roberts, comerciante». Se apropió de todo ello, dejando el reloj. Pensó que quizás aquellas cosas podían servirle de ayuda, para iniciar más tarde alguna investigación.

Porque lo cierto era que cada vez se sentía más y más incapaz de dejar aquel asunto.

La atmósfera de Kansas City se iba haciendo obsesionante para él.

Abandonando el cadáver en el mismo lugar, y cubriéndolo del mismo modo que lo había encontrado, siguió su camino hasta el Alliance College. Estaba sumido en tan profundas reflexiones que no se dio cuenta de que llegaba hasta él.

Era un hermoso edificio de piedra.

Años más tarde todos aquellos centros serian la cuna de lujosas universidades privadas. Por el momento allí se educaban las hijas de las personas ricas de la región. El ambiente, por lo que podía verse, era una mezcla de finura muy propia del ambiente inglés que

se quería imitar, y de rudeza muy propia del Oeste.

Carson se acercó a un gran pabellón con aspecto de cuadra pensando que allí podría dejar su caballo.

Pero un hombre le cortó el paso. Era un tipo delgado y que, en contra de lo que uno esperaba encontrar en aquel ambiente, tenía una mirada rufianesca.

—Buenos días, señor Roberts —dijo—. Se ha retrasado usted un poco.

Carson parpadeó un momento.

¿Roberts? ¿Quién cuerno se llamaba Roberts?

Y de pronto sus facciones sufrieron casi una sacudida.

¡Ah, sí! ¡Samuel Roberts! ¡El muerto hallado cerca del camino!

El empleado seguía diciendo:

—No deje usted su caballo en la cuadra con los demás, señor Roberts. Yo cuidaré de él. Hay que tener discreción, ¿sabe? Mucha discreción. Ya puede pasar por aquella puerta a ver a la señora Jackson.

Carson no entendía una palabra.

Pero le habían metido en un camino la mar de inquietante y decidió seguir por él. Sin decir ni una frase, fue hacia la puerta que le habían indicado.

Tras ella había una salita muy acogedora.

Una mujer de mediana edad, de maneras muy untuosas, ya le estaba aguardando.

—Buenos días, señor Roberts —dijo—. Ya temí que no vendría.

—Es que… Bueno, sin querer me he retrasado un poco.

—Yo soy la señora Jackson.

—Encantado, señora Jackson.

—Supongo que se dará cuenta del riesgo que corro.

Carson seguía sin entender nada.

Pero musitó:

—Pues… pues sí, me doy cuenta.

—Ese riesgo debe ser recompensado, hágase cargo.

Y la mujer hizo con dos dedos un signo tan ostensible que hasta el más tonto hubiera entendido que estaba reclamando dinero.

Carson siguió la corriente lo mejor que supo. Extrajo un fajo de dólares del muerto y entregó hasta cien de ellos a la «señora» Jackson, cuyos ojillos brillaban de codicia. Por su gesto afirmativo,

Carson comprendió que había dado la cantidad que ella esperaba.

—Realmente no sé lo que puede durar esto —explicó la mujer con una sonrisa—. Mejor dicho, sé que sólo durará hasta que la directora del Alliance se restablezca de la enfermedad que aún la tiene en cama, lejos de aquí. Todo empezó hará unos nueve o diez meses, como usted sabe, y esa mujer tal vez vuelva a ocupar su puesto dentro de unas semanas. Tengo malas noticias al respecto: dicen que ya está casi restablecida.

Carson hizo un gesto afirmativo.

—Sí. ¡Qué lástima!…

—Entonces yo tendré que dejar mi puesto y volveré a ser una simple ayudante. Pero durante estos meses he trabajado mucho, créame, y además sin llamar la atención de nadie. He convencido a unas cuantas chicas que, gracias a mí, están obteniendo considerables ganancias.

—Vaya, vaya…

Carson seguía sin entender una palabra de aquello, pero se hacía el enterado con ostensibles gestos de sus manos y su cabeza.

Ella prosiguió:

—Cuando la directora vuelva, todo esto se terminará, puesto que es obra exclusiva mía. Pero para entonces usted ya estará «relacionado» y podrá seguir con sus cosas.

—Eso espero.

—Sólo trato con unos cuantos caballeros, créame. Gente muy adinerada. Cinco o seis señores de verdad. Usted es el más joven de todos ellos. Ahora que me fijo: es hasta demasiado joven. No entiendo por qué está aquí. Debe conquistar a las chicas con mucha facilidad.

—No tengo la culpa de ser joven —dijo Carson—. Además ésa es una enfermedad que siempre acaba curándose con los años.

La señora Jackson le rió la gracia servilmente.

—Bueno —dijo al cabo de unos instantes, tras un carraspeo—. Cuando le enteraron de este asunto ya debieron decírselo: gastará usted quinientos dólares cada vez.

—Quinientos dólares… ¡Hum! Para mí no son nada.

—Celebro que piense así. Y, naturalmente, también deberá darme cien a mí en cada ocasión. Dicho esto le mostraré las fotografías. La cosa ha de ser llevada con mucho cuidado, para que

nadie se entere. Sería terrible para todos ustedes, si estallara el escándalo.

Y extrajo de un bolso una serie de seis fotografías que puso ante los ojos asombrados de Carson.

—Vea, señor Roberts. Vea qué maravillas.

Eran las fotografías de cuerpo entero de seis chicas. La verdad, a cual más bonita.

Pero Carson no se fijaba en eso.

Carson sentía una especie de frío en el alma y tenía que hacer terribles esfuerzos para mantener la serenidad y seguir la comedia hasta el fin. Porque ahora, de repente, había comprendido.

Porque ahora sabía a qué se dedicaba la «señora» Jackson, una delincuente común a la que el azar había puesto al frente de aquel colegio por una temporada.

Sencillamente, corrompía a algunas muchachas que se dejaban llevar por la sed del dinero.

Las ponía en contacto con «caballeros» respetables de Kansas City.

Ella lo organizaba todo.

Y había corrompido al menos a seis de ellas, a juzgar por las fotografías.

Allí estaban las pruebas.

El joven sentía que le temblaban las manos.

Se le había formado un nudo en la garganta.

La vieja bruja emitió una risita.

—Se le nota muy nervioso, señor Roberts. Se ve que nunca ha estado usted ante maravillas semejantes, ¿eh? Je, je…

Carson sentía frío en la espina dorsal.

¡Y allí estaba la hija de Lester!

¡Y Lester sin sospechar nada!

Sí él había acudido hasta allí, si había seguido aquélla, al parecer, insensata aventura, había sido solamente para proteger a la hija de Lester, para que éste no volviera a jugársela y cayera así en manos de cualquier desalmado. Ésa había sido solamente su intención, pero Carson nunca creyó que llegaría a encontrarse ante un panorama semejante.

La «señora» Jackson le miraba con súbito recelo.

Sus ojillos ratoniles brillaban.

—¿Es que nada de esto le gusta, señor Roberts? Si quiere puede verlas personalmente, fingiendo una visita al colegio. Pero lo considero arriesgado.

—No, no es eso —dijo él, procurando que su voz sonara normal —. Yo buscaba a una chica determinada.

—¿Quien?

—Ángela Lester.

—Ah… Ángela Lester… —la mujer hizo un gesto de fastidio—. Esa chica me creará problemas.

—¿Qué pasa con ella?

—Verá: Era la más fácil de convencer, puesto que su padre no le enviaba ningún dinero. Ni siquiera pagaba puntualmente las facturas del colegio. La chica no tenía ni vestidos, y yo le dije que podía convertirse en una reina si me hacía caso. En fin, la puse en contacto con un caballero muy importante de Kansas City.

Carson tragó saliva angustiosamente.

—¿Y…? —preguntó.

—Me hizo quedar mal. Me hizo quedar en ridículo. La muy maldita se portó como una bestezuela. Arañó a aquel caballero y luego huyó del Alliance College. No la he vuelto a ver más. Temo que me denuncie, pero por fortuna nadie la creería.

—¿Acaso el juez Golan es uno de los caballeros que visitan esto?

—No puedo decírselo. He de ser discreta.

Pero por el brillo de los ojos de la arpía, Carson comprendió que el juez nunca había estado allí.

Y sintió una salvaje alegría al pensar que al menos la hija de Lester no estaba perdida. Pero esa alegría se mezcló a una intensa preocupación, porque, ¿dónde diablos estaría la chica y de qué viviría?

La bruja pareció adivinar sus pensamientos, porque dijo:

—No tema, ustedes no correrán ningún peligro. Esa idiota no llegará a hablar. Regis la busca intensamente.

—¿Quién es Regis?

—El hombre de confianza que necesito para mí trabajo. El que le ha recibido a usted al llegar.

—Ah, sí, ya recuerdo…

—En fin, ya ve que Ángela Lester no está aquí. Pero puede elegir cualquier otra:

Carson pensaba con más rapidez que en cualquier otro momento de su vida.

No quería que la arpía se diera cuenta de nada mientras él buscaba la manera de acabar con su miserable negocio.

Para eso lo mejor era obrar con naturalidad.

Señaló una de las fotos, la de una muchacha maravillosa que debía tener unos dieciocho años, es decir seis menos que él, y que desde el primer momento le había impresionado no sólo por la perfección de su cuerpo, sino también por la fijeza y la valentía de su mirada. Parecía imposible que una chica así se hubiera metido voluntariamente en una combinación semejante.

—Quisiera conocer a esta señorita.

—Ah, sí… Susana. Tiene usted buen gusto —rió la bruja—. Susan es una maravilla. Y además tiene usted suerte. Es nueva. Nunca ha hecho amistad con ningún caballero. Eso significa que deberá usted pagar doscientos dólares más. Hágase cargo…

Carson tragó saliva otra vez.

Le costaba un esfuerzo inmenso no agarrar a la «señora» Jackson por el cuello y llevarla a rastras a presencia del juez Golan.

Pero logró contenerse y llevar su comedia hasta el fin.

—¿Puedo conocerla enseguida? —susurró—. Estoy ansioso.

La bruja rió.

—Tenga paciencia, amigo. La cosa hay que llevarla con mucha discreción. Hoy solamente la verá para que ella sepa quién es usted. Luego yo arreglaré la cita, por ejemplo para mañana a las seis de la tarde. ¿Le parece bien?

—Me parece perfecto…

Ella hizo sonar una campanilla.

Regis, el individuo de la mirada rufianesca, apareció en el umbral.

—Diga, señora —murmuró respetuosamente.

—Haga venir a Susana. Diga a la profesora que es para un asunto personal y que sólo estará fuera de clase diez minutos.

—No hace falta, señora. Hoy es su día de estudio en la biblioteca. La buscaré.

Susana apareció unos minutos después.

Saludó a la Jackson con una inclinación de cabeza y luego clavó en Carson unos ojos indefinibles, extraños, unos ojos helados, como

si mirase a un insecto.

Carson estaba tan avergonzado que hubiera querido ser tragado por la tierra.

¿Qué pensaría ella?

¿Por quién le tomaría?

Pero aquella maravilla de mujer —más maravillosa aún que en la fotografía—, se limitaba a mirarle.

Dijo con voz opaca:

—Mucho gusto, señor. Con su permiso. Buenos días.

Y desapareció.

La «señora» Jackson emitió una risita de conejo.

—¿Eh? ¿Qué le parece?

—Un poco… seca.

—Sí, es una fierecilla… Pero esas chicas resultan luego autenticas perlas. Mañana a las seis vuelva aquí, señor Roberts. Yo lo tendré todo resuelto. Puede confiar en mí… y puede darme los doscientos dólares que faltan.

Carson no tuvo inconveniente en pagar. Al fin y al cabo toda la pasta que soltaba era del muerto.

Luego salió.

Sentía una especie de náuseas.

Había jugado el papel más desagradable y abyecto de su vida entera.

Pero no había sido en vano. Aquel miserable negocio iba a acabarse. Hablaría con el juez Golan y al día siguiente lo combinaría todo para que hubiese pruebas abrumadoras contra aquella maldita Jackson.

Claro que para eso tendría también que comprometer a Susana.

Pero no quedaba otro remedio.

Lo haría.

Pensaba en eso mientras se alejaba velozmente del Alliance College a lomos de su caballo. Pensaba en eso cuando recibió la bala.

CAPÍTULO VI

Hubieran podido matarle cómodamente, y además a traición y más o menos en el mismo sitio en que había sido liquidado Roberts. Pero por el momento se limitaron a volarle el sombrero de la cabeza, demostrándole así que lo tenían a su merced.

Carson no intentó tocar el revólver.

Se daba cuenta de que podían dejarle seco.

Y con tanta más razón cuanto que él no veía a su enemigo, el cual estaba muy bien emboscado en aquella zona de tallos de maíz tan altos como un hombre.

Siempre con las manos en alto, saltó de su caballo.

Aunque no había recibido ninguna orden, comprendía que era eso lo que su enemigo quería.

Preguntó:

—Bien… ¿por qué no tira a matar de una vez? ¿Y por qué no me enseña al menos cuál es su cochina cara?

Los tallos de maíz se movieron.

Primero apareció una mano empuñando un «Colt».

Y luego una cara.

Una cara que no tenía nada de cochina.

Porque la que había estado a punto de matarle era…

… ¡Era Susana, la preciosidad a la que había conocido media hora antes!

Ella se aproximó.

Iba vestida igual que en el Alliance, pero sin embargo no parecía la misma. Su mirada se había hecho más dura, más metálica. En sus hermosos labios había una mueca cruel. Se notaba que era una mujer decidida, una mujer que sabe hasta dónde puede llegar y no

se detiene ante nada.

Lo único que Carson pudo barbotar fue:

—Increíble…

Ella, sin dejar de apuntarle, avanzó hasta situarse a pocos pasos.

Preguntó con voz ronca:

—¿Qué te ha dicho esa bruja? Que me verás mañana, ¿no?

—Eso es.

—Pues no me verás a mí ni a ninguna otra. Voy a liquidarte como he liquidado a Roberts.

—¿Tú… tú has matado a aquel hombre?

—Sí. No es nada difícil entrar y salir el día en que tenemos estudio en la biblioteca. Nadie nos controla.

—¿Por qué lo has matado?

—Porque era un cerdo como los otros. Y también mataré a la Jackson y a Regis, pero no he tenido ocasión todavía. Esos dos perros se cuidan bien. Lo que me ha extrañado es que después de matar a Roberts aparecieras tú ocupando su lugar.

—Es que…

Ella no le dejó terminar.

Dijo con una voz lenta, cargada de odio:

—No quiero palabras. Todo son sucias mentiras entre los tipos como vosotros. Prepárate a morir. Pide perdón como lo pidió aquel cerdo de Roberts.

Carson apretó los labios.

—Pudiste haberme volado la cabeza. ¿Por qué no lo hiciste?

—Porque yo mato cara a cara y no a traición.

—¿Por qué no me has obligado a soltar el revólver?

—Porque quiero que tengas una oportunidad de defenderte. Puedes usarlo cómo pudo hacerlo Roberts. Pero no lo harás. Todos sois unos cobardes. Pedirás perdón de rodillas como lo pidió él.

Carson seguía con las manos en alto.

Bisbiseó:

—A mí me has confundido, nena. Yo no pido perdón a nadie.

—Entonces peor para ti.

Y la chica fue a disparar.

Iba a hacerlo tranquilamente sin vacilaciones.

Era una de esas clásicas fierecillas del Oeste a las que un muerto más o menos les importaba bien poco.

Pero Carson no se estuvo quieto.

Librarse de una amenaza así no resultaba para él tan difícil, después de todo.

Elevó la pierna derecha con una rapidez increíble, aprovechando que la chica se encontraba a poca distancia, lo que era un terrible error por su parte.

Y el «Colt» saltó por los aires antes de que Susana pudiera disparar.

La puntera de la bota chocó con el revólver.

Ella lanzó una especie de «¡oooooh!» de asombro y de horror al mismo tiempo.

Se daba cuenta de que estaba en poder de Carson, y en efecto, así fue. El joven la inmovilizó estrechándola entre sus brazos. El joven la sintió turgente y poderosa junto a sí. El joven se dio cuenta de que ella temblaba. El joven se dio cuenta de una montaña de cosas.

Entre ellas… ¡de que Susan tenía los labios más bonitos del mundo!

Con un estremecimiento los besó. Mientras tanto ella le abofeteaba, le arañaba, le maldecía…

Pero Carson no se dio cuenta de nada de eso.

CAPÍTULO VII

Pero la voz de la muchacha le hizo reaccionar. El tono de Susan cambió por completo. Se notaba que estaba asustada. Gimió:

—Por favor…

Entonces Carson la soltó.

Con voz débil dijo, mientras la miraba fijamente:

—No temas.

Ella vacilaba. Se notaba que nadie la había besado jamás así. Estuvo a punto de caer al borde de los maizales.

Carson la sujetó de nuevo, pero ahora de forma bien distinta.

—No temas —repitió.

Susana se rehízo al fin, soltándose lentamente.

—¿Quién eres? —murmuró.

—Sólo soy un hombre que trata de ayudarte.

—¿No vas a hacerme creer que…?

—Cree lo que te parezca, pero yo te estoy diciendo la verdad. Si he seguido la comedia hasta el final ha sido porque me han confundido con Roberts.

—No dices la verdad. ¿Por qué has ido al colegio?

—Soy amigo del padre de Ángela Lester y quería verla.

Ella se llevó las manos a las mejillas.

—Dios mío… ¡Ángela!

—¿Qué ha ocurrido con ella?

—Era la chica más pobre del colegio, porque había meses en que su padre ni siquiera podía pagar la pensión.

—Lo sé.

—Eso hizo que cayera en las garras de la Jackson. Pero cuando se vio de veras enfrentada a la realidad de todo aquello, no pudo seguir. Abofeteó a su pareja y se largó del Alliance College.

—¿Dónde está?

—No lo sé. No lo sabe nadie. Pero Regis la busca, y Regis es un sucio asesino. A Ángela puede sucederle algo horrible.

Carson apretó los labios con un gesto de decisión.

—Tengo que encontrarla como sea. La encontraré aunque tenga que remover todo Kansas.

Ella tembló.

—Entonces ten cuidado, porque tú correrás peligro también.

—Ya estoy acostumbrado. No me importa.

—No creas que sólo va a tratar de liquidarte, Regis. Ése es lo de menos. A los que has de temer es a los pistoleros de Berkeley.

El joven parpadeó.

—¿Qué tiene que ver Berkeley con esto?

—Es una especie de socio de la Jackson. Él la protege.

—¿Con que objeto?

—¿No lo adivinas? Así tiene pruebas contra personas influyentes de Kansas y puede hacer con ellas lo que quiera.

Eso favorece sus ambiciones.

Carson asintió con una leve sonrisa.

—Vaya… —dijo—. Veo que todos los caminos conducen al mismo sitio. Berkeley por aquí, Berkeley por allá… Él y su misterioso jefe tratando de dominar Kansas. Pero no lo conseguirán. Juro que no lo conseguirán, maldita sea. Esta vez les ha tocado un hueso muy duro de roer.

Ella le contemplaba de una manera distinta.

¿Era admiración tal vez?

¿O quizá era lástima anticipada, porque pensaba que de todos modos él iba a morir?

En aquellos momentos Carson no lo supo.

Además, ¿qué diablos le importaba?

Para él sólo existía la voz de la muchacha, aquella voz obsesionante que decía:

—Nunca me ha besado ningún hombre, ¿sabes? Y ni siquiera sé cómo te llamas…

—Me llamo Carson.

—Está bien, Carson. Entonces, ahora que nos conocemos, ¿por qué no me besas otra vez?

Él la estrechó entre sus brazos como si temiera que Susana fuera

a escaparse.

CAPÍTULO VIII

Lester estaba tranquilamente sentado en un saloon. Había desaparecido por la mañana, pero ahora se le podía ver allí tan campante, viendo los ensayos de las bailarinas como si nada hubiera ocurrido.

La orquesta también estaba ensayando. Sonaba un patachin-patachin muy suave, unido al taconeo de las chicas sobre el escenario.

Un tipo bilioso, con chaleco a cuadros, gritaba:

—¡Así! ¡Así! ¡Hay que moverse más! ¡A ver si os enteráis de que el público paga para ver piernas, so berzotas!

Carson se sentó detrás de Lester.

—Que sesión más animada, ¿eh?

Lester se sobresaltó.

—¡Hum! Otra vez usted… Es mi pesadilla.

—¿Dónde se había metido, Lester?

—Estaba dando una vuelta por las afueras de la ciudad. Quería saber dónde se ocultan los hombres de Berkeley.

—No se ocultan en ninguna parte. Los tiene usted en sus narices. En todas partes, aunque dudo que los vea.

—Oiga, Carson, ¿por qué está contra mí?

—No estoy contra, sino a favor. Trato de evitar que le cuelguen por cargarse al juez Golan. Lo hará si por casualidad el juez pasa cerca de alguno de los tipos a los que le haya ordenado matar.

Los labios de Lester temblaron.

—¿Ha hablado con él para desacreditarme? —preguntó.

—Desgraciadamente no he podido decirle nada, pero mi intención era contarle la verdad.

—Hum… Debe tener confianza en mí, Carson. Yo liquidare a

toda esa jauría de lobos si me dan tiempo.

—Si le dan tiempo y unas gafas.

—No hable así.

—Bueno, aunque no le den las gafas también acabará liquidándolos a todos. Como va a dejar vacía a Kansas City…

Lester hizo un gesto de apuro.

—Entre todos van a conseguir que las cosas se me pongan mal —dijo.

—¿Por qué?

—Mónica Bentham ha dicho que quería verme.

—¿Quién es Mónica Bentham?

—La hija de uno de los hombres más ricos de Kansas, muerto hace unos seis meses. La chica está… está… bueno, como para llamarla guapa a cañonazos. Pero no es eso lo que me importa ahora. Mónica forma parte de la Junta de Vecinos que me contrató.

—¿Y qué?…

—Temo que se haya dado cuenta de algo. Ella no es tan despistada como Golan, que vive siempre en las nubes. Quizá sepa ya que he fallado en mis dos primeros intentos frente a los hombres de Berkeley. De lo contrario, ¿para qué iba a llamarme?

—Y eso significa que el contrato peligra, ¿verdad? Le van a obligar a devolver incluso los diez mil del anticipo.

—Eso significaría mi desprestigio, mi ruina definitiva y completa.

—Comprendo que la situación resulte terrible para usted, Lester, pero en esos casos lo mejor es afrontar el peligro de cara. ¿Por qué no ha ido a verla?

Lester hizo un gesto apurado. Por primera vez parecía un hombre acabado, vencido, a pesar de su relativa juventud.

—Porque puede ponerme a prueba —susurró—. Puede señalarme cosas algo lejanas que yo no veré bien. Se dará cuenta de mí defecto y haré que me echen de aquí. Será mi ruina.

Carson cabeceó pensativamente.

—Quizá fuera lo mejor —susurró—. No se puede tener en el engaño a una ciudad entera. Pero a pesar de lo que crea, yo soy su amigo, Lester. Voy a tratar de que no le quiten el dinero y de que esto acabe para usted honorablemente.

—¿Qué quiere decir?

Veré a esa mujer. Le diré que usted está enfermo o algo por el estilo. Que es un gran tirador, pero que de momento no se encuentra bien. Y conseguiré que le dejen los diez mil machacantes.

No esperó la respuesta del otro.

Carson creía de buena fe que aquello, al fin y al cabo, era la solución mejor.

De modo que se levantó y se fue.

No le resultó nada difícil encontrar la que había sido casa del millonario Bentham.

Ésta era una de las más lujosas en la ya lujosa calle residencial de Kansas City, alejada del bullicio de los saloons. Una placa en el jardín delantero aún indicaba, junto al buzón para la correspondencia, el nombre del anterior propietario: «Samuel J. Bentham».

El joven entró, dejando atrás la cancela.

Atravesó el jardín y se detuvo ante la puerta, a cuya derecha había el cordón de una campanilla que él hizo oscilar. Un sonido cantarín repercutió dentro de la casa.

Le abrió una doncellita china. Tener una doncellita china era en el Kansas City de aquella época el colmo del lujo y la distinción.

—Desearía ver a la señorita Momea —musitó él.

La chinita rió graciosamente.

—¿De parte de quién?

—Ella no me conoce, pero confío que querrá recibirme. Vengo a hablarle del señor Lester.

La chinita murmuró:

—Voy a preguntarle. Un momento, por favor. Tome asiento.

Le indicaba un taburete en el pequeño, pero lujoso, vestíbulo. Mientras la doncella desaparecía, Carson se fijó en que había en la casa bastantes detalles de luto. Una corona negra en una pared, unas cintas en otra… Se notaba que Bentham estaba muerto desde hacía pocos meses.

Carson notó eso por otros detalles también, cuando le invitaron a pasar a la sala principal.

Lo notó por el luto de su hija.

¡Qué hija!

¡Qué modo de sentarse en el diván!

¡Qué piernas!

¡Qué modo de lucirlas!
¡Qué chica!
¡Qué… que… que…!
¡Silencio! ¡Silencio o no habrá quien publique esta novela!
Carson avanzó. No llevaba sombrero y por lo tanto no tuvo que quitárselo, pero hizo una inclinación de cabeza.
—Señorita Bentham… —musitó.
Ella le miraba fijamente.
Muy fijamente.
Sus ojos de color miel eran extraños, eran inquietantes y causaban como un escalofrío.
No contestó.
El joven musitó:
—Me llamo Carson, señorita.
—Ya le conozco.
El joven se sobresaltó.
—¿Quéeeeee?…
—Le conozco de vista.
—¿Cuándo me ha visto antes?
Ella seguía mirándole fijamente. Y en lugar de contestar directamente sonrió mientras musitaba:
—¿Y se extraña de que lo recuerde? ¡Qué manera de besar, amigo!…

CAPÍTULO IX

Carson estaba como paralizado.

Aquello era lo último que hubiera esperado en este mundo.

—¿Por qué habla de besar? —musitó—. ¿Qué dice?

—Hum… Suelo llevar conmigo unos prismáticos de teatro, cuando voy en mi landó a dar un paseo. Ellos me han bastado para ver la escenita junto a los maizales que había en otro camino, a poca distancia de allí. Ustedes no se han dado cuenta de nada. Claro, ¿cómo iban a darse cuenta? No les hubiera despertado ni un cañonazo.

Carson comprendió.

—Lo siento —musitó—. No sabía que tuviéramos testigos.

—Tampoco lo he hecho a propósito, se lo aseguro —murmuró ella, como disculpándose—. Incluso hubiera pasado de largo, sin darme cuenta de nada, de no haber sido por el disparo que ella le hizo. En fin, parece usted muy amigo de aquella chica, señor Carson. Y ahora, ¿en qué puedo servirle?

El joven la miró.

Se la notaba muy dueña de sí misma. «Una chica que sabe dónde pisa», se dijo. Una de esas mujeres que ya han nacido millonarios y que saben bien lo que el mundo puede darles. A cambio de eso, ¿qué podía dar ella al mundo? Carson aún no lo sabía, pero de momento estaba dispuesto a confesar que Mónica daba placer y alegría. Porque un mundo con mujeres como ella es siempre más hermoso.

—Quisiera hablar con usted —dijo.

Ella asintió con una sonrisa.

—Naturalmente. Siéntese. Claro que ahora me doy cuenta de que estoy cometiendo una descortesía. Usted querrá beber algo.

—No se moleste, no hace falta.

—De todos modos se lo prepararé. Quiero que pruebe mis combinados. Soy una pequeña especialista, ¿sabe? Y el hecho de que esta casa esté de luto no impide atender a los visitantes.

Se levantó.

Carson la siguió con la mirada. No quería dejarse prender en la gracia de aquella mujer, porque eso podía estropear la misión que le había traído allí. Pero le era imposible evitarlo. ¡Qué suavidad felina en sus gestos! ¡Qué curvas tan marcadas y al mismo tiempo tan juveniles! ¡Qué cara de diosa! ¡Qué extraña sensualidad se desprendía de toda ella!

La muchacha fue a tomar una bandeja de una mesa cercana, y entonces empujó un libro que descansaba junto a aquella bandeja. El libro se abrió, desparramando una serie de cartulinas sobre la lujosa alfombra persa que cubría el suelo de la habitación.

Carson miró inadvertidamente hacia allí y sintió que se dilataban de asombro sus ojos.

Sintió que el *mundo entero* daba vueltas…

CAPÍTULO X

Mónica había mirado también aquellas cartulinas, e hizo un gesto de desolación, como pidiendo disculpas por lo que acababa de suceder.

—Perdone —dijo—. ¡Qué tonta he sido!

Y se apresuró a recoger aquellas cartulinas.

—Ese libro no había sido tocado de ahí desde que murió mi padre —dijo—. He procurado dejarlo todo tal como estaba cuando él vivía. No sabía que entre las páginas había esto.

Pero ya no pudo recoger las fotografías esparcidas sobre la alfombra, porque Carson se inclinaba para ayudarla. Y también, en realidad, para ver de cerca aquella cosa asombrosa que había visto de lejos.

Porque las fotografías eran las mismas que antes le mostrara la «señora» Jackson.

¡Las de las chicas del Alliance College!

¡Incluida Susana!

Mónica bisbiseó:

—¿Qué le pasa?

Miraba fijamente a Carson.

Se había dado cuenta de que las manos del joven aquellas manos que no debían estar acostumbradas a temblar, temblaban ahora ostensiblemente.

—¿Qué le pasa? —repitió, en vista del silencio de Carson.

—Nada…

—Parece como si hubiera visto algo que le ha sorprendido mucho. ¿Quizá estas fotografías?

—¿Las guardaba su padre?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. La verdad es que no las había visto nunca, pero puesto que estaban entre las páginas de ese libro, hay que suponer que eran de mí padre. ¿Usted conoce a alguna de estas chicas?

—No —mintió Carson.

Y fue devolviéndolas una a una. Sus dedos temblaron más aún al devolver la de Susana.

Mónica seguía mirándole fijamente.

—Está usted muy alterado, señor Carson.

Carson estaba dándose cuenta de que él era un pésimo actor, y eso le ponía nervioso.

—Tal vez su padre, el señor Bentham, conocía a estas muchachas —susurró.

—No lo sé, aunque es posible. ¡Papá conocía a tanta gente! Pero no comprendo por qué papá tenía medio ocultas esas fotografías. Podía habérmelas enseñado, ¿no? Además, esas chicas llevan todas el uniforme del Alliance College, que está no lejos de aquí.

Y las guardó de nuevo en el libro de donde habían caído.

Lo depositó con indiferencia en el lugar en que estaba antes y a continuación preparó hábilmente un par de combinados, tomando uno para sí y sirviendo el otro a Carson. La chica se sentó frente a él y cruzó las piernas de nuevo. Aquellas piernas que marcaban…

Ella bisbiseó:

—Ya lleva un rato aquí y no me ha dicho por qué quería verme.

—Usted ha manifestado su deseo de que la visitara el señor Lester, el pistolero al que la Junta de Vecinos contrató para que limpiara la ciudad y asegurara un juicio imparcial contra Berkeley.

—Exacto; quería verle. De todas las personas que, votaron afirmativamente en la junta, yo era la única tal vez que no conocía para nada a Lester. Deseaba saber qué aspecto tiene y si realmente es tan bueno como dicen. Por lo que a mí respecta, tengo mis dudas. Que yo sepa, aún no ha matado ni a un solo pistolero de Berkeley.

—Tal vez es que ahora no se encuentra del todo bien —musitó Carson—. Anda un poco delicado de salud últimamente.

Ella balanceó una de sus fabulosas pantorrillas ante los ojos cada vez más abiertos de Carson.

—¿Entonces qué cree que debemos hacer? —musitó—. ¿Sustituirlo?

—Tal vez fuera lo más razonable.

—¿Por eso no ha venido él? ¿Porque se encuentra mal?

—No es que se encuentre mal exactamente; es que no acaba de estar en forma.

—De acuerdo; entonces quizá convenga decir a los de la junta que le sustituyan, aunque no será fácil. El señor Lester tiene mucha fama. ¿Qué le parece si esperamos un par de días?

A Carson le pareció razonable.

Lo más fácil era que en un par de días Lester no matara a nadie más.

Y así, con una sustitución honrosa, salvaba la cara y se llevaba algún dinero.

—Espero que le dejarán conservar el anticipo —murmuró—. El señor Lester ha despreciado otros contratos para venir aquí. Es un hombre lleno de ocupaciones y al que todas las ciudades importantes del país ofrecen dinero como «pacificador».

—Comprendo. Tenga la seguridad de que no le será descontado ni un céntimo, señor Carson.

—Gradas, señorita Bentham. Es cuanto quería decirle.

Y se puso en pie.

Ella volvía a mirarle fijamente.

Con aquella mirada enigmática, intensa.

Obsesionándole con el leve balanceo de su pantorrilla izquierda.

Con sus maravillosas curvas.

Con todo.

Musitó con voz pastosa:

—¿Ya se va, señor Carson?

—Sólo quería hablarle del señor Lester.

—Lo encuentro magnífico. ¿Pero por qué no me habla también de usted?

Él sonrió.

—Me llamo Carson. Tengo veinticuatro años. Soy… bueno, digamos que he hecho de todo en esta vida.

—¿Casado?

—Oh, no.

—¿Muchas chicas en su pasado?

Él tragó saliva.

—Pocas. Y desde luego… ninguna como usted.

—Pues no lo parecía.

—¿Por qué no lo parecía?

Sin darse cuenta de nada, se habían aproximado…

La que les vio fue la criadita china, que se detuvo en el umbral y se llevó las manos a la cara mientras murmuraba envidiosamente:

—¡Diablos!…

Pero lo dijo en chino.

Y ya se sabe que a los chinos —y sobre todo a las chinas—, nadie los entiende.

CAPÍTULO XI

Cuando salió de allí, Carson veía las cosas dobles.

No sabía la hora que era.

Se daba cuenta de que el sol estaba declinado.

Había pasado una barbaridad de tiempo. Todo le parecía irreal, como si no hubiera ocurrido nunca. Pero a la vez pensaba que Mónica Bentham era la mujer más apasionada, más intensa que había conocido nunca.

No se trataba ya de una niña, por supuesto.

Sabía lo que se llevaba entre manos.

Era una mujer exigente, dominadora, que en cierto modo empleaba al hombre a su capricho.

¡Pero qué mujer!...

Nadie en la ciudad debía conocerla bien.

No sabían el volcán que había en Kansas City...

Carson se apoyó en un porche, ya casi en las afueras de la ciudad, y encendió un cigarrillo.

Estaba como marcado.

Pero no era por lo ocurrido con Mónica.

Era por otra cosa.

Era por un pensamiento maldito que con gusto se hubiera arrancado del cráneo, aunque con él tuviera que arrancarse los sesos.

¡LAS FOTOGRAFÍAS!

Aquellas fotografías olvidadas en el libro de Bentham, un libro que él tenía cuando murió, demostraban una montaña de cosas. O una sola, pero está ya era suficiente para Carson. Demostraban que Bentham, el millonario, era uno de los «clientes» de la Jackson. Que había escogido entre el surtido de chicas ofrecido miserablemente

por ésta. Y entre las chicas estaba Susana… ¡la que aseguraba que jamás había conocido a un hombre!

Una especie de frío furor dominaba a Carson.

No sabía por qué.

¿Tal vez Susana le interesaba de un modo distinto? ¿Tal vez en aquella chica había encontrado algo que en las otras no pudo encontrar?

Sí.

Había encontrado la mentira.

¡La sucia mentira de una muchacha que quería hacerse la inocente, cuando en realidad se había vendido —quizá muchas veces—, a un puerco como Bentham!

Trató de dominar su extraño furor.

A él Susana le importaba poco.

Pero no podía.

Algo le reconcomía por dentro al pensar que aquella chica había estado en los brazos de Bentham.

De pronto alguien musitó:

—Carson…

Carson ni le oyó.

Lester tuvo que colocarse junto a él para repetir:

—Carson, ¿qué diablo te pasa?

El joven volvió la cabeza.

—Perdón, Lester. Estaba preocupado.

—¿Por qué?

—Una serie de razones personales… Pero no me haga caso. Lo importante es que he hablado ya con Mónica Bentham. Usted será sustituido dentro de un par de días, Lester, pero le permitirán conservar los diez mil *pavos* del anticipo.

—Ya me he dado cuenta de que hablaba con Mónica. Y ha estado mucho rato en su casa.

Carson guardó silencio.

¿Qué podía explicar?

—Esa chica posee una gran fortuna —murmuró Lester—. Hace lo que quiere en la ciudad.

—Ya me he dado cuenta.

—De todos modos tal vez sea menos rica de lo que ella misma piensa.

Carson se sorprendió.

—¿Por qué?

—Hum… —susurró Lester—, yo sé bastantes cosas de esta ciudad. Me paso el día en los saloons, escuchando, viviendo… Hay cosas que todo el mundo sabe, pero de las que usted no se había enterado aún, Carson, porque no escucha a la gente.

—¿Qué cosas?

—Bentham era viudo dos veces cuando murió.

—Caramba, no lo sospechaba…

—De su primera esposa tuvo una hija, que no se sabe si vive o no. Parece que cuando se casó por segunda vez con una mujer hermosísima que ya tenía una hija (Mónica), esa mujer maltrató a la chica de Bentham todo lo que pudo. Fue la clásica madrastra de la que hablaban los cuentos. Tanto que se rumorea que la mató. Lo cierto fue que de la chica nunca más se supo. Mónica y su madre quedaron dueñas de todo. Mejor dicho, la madre, porque la pobre Mónica era muy pequeña y en todo aquel drama no tuvo ni arte y parte. Pero a la ambiciosa damisela le duró poco la euforia. Un par de años después moría. Bentham, tras ese segundo descalabro, ya no volvió a casarse.

—Claro. Tenía otras distracciones —murmuró significativamente Carson.

—¿Qué quiere decir?

Carson pensaba en las fotos de las chicas, pero susurró:

—Nada… Nada…

Lester chascó dos dedos.

—Bueno, parece que Bentham soportó todo aquello porque estaba loco por su segunda mujer. Todo lo que ella hacía le parecía bien. Hay muchos casos así, ya se sabe.

—¿Por qué me cuenta eso, Lester?

—Usted ha querido hacerme un favor y yo quiero hacerle otro. Por el rato que ha estado ahí dentro, parece que usted le gusta a Mónica.

—Más bien diría que es un capricho. La chica estaba… ansiosa.

—Hay caprichos que acaban en boda, y por si usted se ha hecho sus números pensando en la fortuna de Mónica, le diré que si algún día aparece su hermana, la fortuna quedará reducida a menos de la mitad. Pero no creo que aparezca. La gente dice por ahí que está

muerta.

Carson apretó los labios.

Todo aquello le importaba poco, puesto que él no había pensado ni por un momento en la fortuna de Mónica.

Pero susurró:

—Lester, usted tiene confianza en mí y yo voy a tenerla en usted. Nos conocimos en unas circunstancias un tanto extrañas. Quizá usted pensó que yo trataba de aprovecharme de su hija.

—No pensé exactamente eso… En realidad no sabría decirle lo que pasó por mí mente. Sólo que me sentía avergonzado y confuso.

—No trataba de aprovecharme de su hija ni de la partida que gane —dijo Carson en voz baja—. Trataba de evitar que usted se la jugara otra vez y la ganara cualquier desaprensivo. Trataba de protegerla contra sus propias locuras, Lester.

—Reconozco que he sido un padre detestable. Pero es que no puedo dominarlo. Cuando veo unos naipes, no pienso en nada más.

—En fin, Lester, ésa era mi idea. Y por tal razón he ido al Alliance College.

El otro se sobresaltó.

—¿Dice que ha ido allí…?

—Sí. Y durante la enfermedad de la directora, han ocurrido una serie de cosas.

Explicó a Lester lo que había averiguado.

Lester estaba mortalmente pálido.

Pero aun así eso no fue nada comparado con el color indefinible de su piel cuando supo que su hija había huido.

Barbotó:

—¿Cree que ella… ella?…

—Por lo menos intentaron que se entregara. La quisieron vender como a las otras.

—¿Y ahora ha huido? ¡Entonces puede delatarles! ¡Y ellos son capaces de matarla! ¡Ese cerdo de Regis la buscará para acabar con ella!

—¡Es muy posible, Lester!

—¡Lo matare! ¡Le barrenaré la cabeza a tiros!

—No sé por qué le he dicho esto, Lester. Deje que a Regis lo liquide yo. Entra en mis planes hacerlo.

—¿Y por qué no yo?

—Demonios, usted sería capaz de cargarse a alguna de las chicas.

—Aún se distinguir unos pantalones de unas faldas.

—Pero algunas chicas de allí llevan pantalones para las clases de equitación.

—Infiernos, eso es distinto.

—Déjeme a mí, Lester. Trataré de dar con su hija, si es que se encuentra cerca de Kansas City. No le ocurrirá nada.

—¿Y si le ocurre algo, Carson?

—No desespere. Hay una persona que quizá pueda darme indicaciones acerca de su paradero. Una persona a la que quiere obligar a decir la verdad también en otra serie de cosas.

—¿Qué persona?

Carson chascó dos dedos, mientras decía en voz baja:

—¿Quién va a ser? Una mujer…

CAPÍTULO XII

Después del último beso, Susana le había dicho: «Entre las nueve y las diez de la noche búscame en la cabaña de troncos junto al lago. Suelo escaparme y estar allí. Nadie sospecha que voy a ese sitio».

Carson contempló la luna, que ya estaba alta sobre la llanura.

Sabía calcular muy bien la hora por la altura de los astros.

Las nueve y diez o las nueve y veinte de la noche.

Las aguas del lago rielaban quietas y muertas.

Croaban las ranas, rompiendo el silencio.

La cabaña de troncos debía estar abandonada desde mucho tiempo atrás, y era una pura ruina. Estaba apenas a una milla del Alliance, lindando con los terrenos del colegio.

Carson se acercó a la cabaña.

Silencio…

Hasta el croar de las ranas se había detenido.

—Carson…

La chica estaba apoyada en una de las jambas de lo que había sido la puerta.

—Sabía que vendrías —musitó Susan.

—¿Me esperabas?

—He venido aquí por eso.

Su voz era pastosa, lenta.

Ya no se oía el croar de las ranas, ya no se oía nada. La voz de Susana era lo único que importaba en el mundo.

—He pensado mucho en tus besos, Carson.

—¿Sí?

He pensado que me gustaría repetirlos otra vez.

—Quizá es la novedad —murmuró el ambiguamente.

—No lo sé. Pero en todo caso tú eres el único hombre al que he conocido.

—¿De veras?

—¿Qué te pasa, Carson?

—Nada…

Ella rió quedamente.

Ya parecía haberse olvidado de su pregunta anterior.

Susurró:

—Bésame… ¿Por qué tenemos que estar mirándonos como dos tontos? Anda, bésame…

Él no supo por qué lo hizo.

Quizá no lo sabría nunca.

No la abofeteó.

Pero encerró la cara de Susana en su poderosa mano derecha y la envió hacia atrás con violencia. La apartó de sí bruscamente, brutalmente, cuando ella iba a besarle. Susana perdió el equilibrio y cayó de espaldas a tierra, mirándole con ojos asombrados en la penumbra.

—Carson… ¿qué te ocurre? ¿Eres el mismo? ¿Qué te pasa?

Él la sujetó por el vestido, casi desgarrándolo. La levantó brutalmente.

—No debiera importarme, Susana —musitó—. No debiera importarme, pero no puedo evitarlo. Te has metido en mi sangre y esa sangre me duele. Es como una pesadilla que llevo encima de mí desde que te vi. Sé que tú has estado con otros. ¡Sé que te has entregado a un cerdo llamado Bentham!

Ella se llevó las manos a la cara.

Parecía aterrada.

¿Pero quién es capaz de decir cuándo una mujer está aterrada de verdad y cuándo solamente lo finge?

—Carson, ¿qué dices? El señor Bentham era una de las personas más ricas de la ciudad.

—Naturalmente ese detalle lo conocías muy bien —murmuró él con voz áspera. ¿Te dijo alguna vez a cuánto ascendía su fortuna?

—¡Carson, estás loco!

Él la zarandeó, fuera de sí, sin saber lo que hacía.

—¿Cuántas veces ocurrió? ¡Dilo, maldita! ¿Cuántas veces?

—¡Carson, te lo juro! ¡Yo a Bentham no lo vi nunca!

—¡Él tiene tu fotografía, junto con las de las otras muchachas que maneja esa maldita de la Jackson!

Susana abrió mucho la boca.

Parecía asombrada.

—No lo entiendo, Carson… Puede que la Jackson se las diera, pero yo no le vi jamás. Te juro que no le vi. Mejor dicho…

—Ah… Ya empezamos a recordarlo, ¿no? Quizá han sido tantos los hombres que ya ni te acuerdas de Bentham. Muy bien, haz memoria.

—Él venía algunas veces al colegio. Con la antigua directora, la que ahora está enferma, las cosas marchaban muy rectas. Había una especie de patronato que cuidaba del buen nombre de la institución. Bentham era algo así como su presidente. Venía a veces, y fue entonces cuando lo vi. Y hasta habló conmigo. Pero igual que con las otras chicas. No hubo nada de especial. ¡Nada de especial, te lo juro!

—¡No creo una palabra!

Y la sujetó otra vez por el vestido. Carson no sabía lo que le pasaba. Nunca le había ocurrido una cosa así.

Los ojos de la muchacha brillaban.

Brillaban diabólicamente cuando susurró:

—¡Tú no lo sabes, pero estás enamorado de mí, Carson! ¡Estás enamorado como un loco!

Carson la zarandeó otra vez.

Quizá hubiera llegado a golpearla.

Pero no tuvo tiempo.

En aquel momento oyeron los dos un gemido ahogado de mujer en la distancia.

Susana balbució:

—¡Ángela!

Carson estaba como petrificado.

Sus manos se abrieron y soltó a la chica.

—¿Pero tú conocías el paradero de Ángela? —musitó.

—Lo conozco desde esta tarde. Ángela Lester me envió un mensaje. Quería verme en la cabaña de troncos, pero no me dijo la hora. Yo también esperaba por ella…

—Entonces es que está en peligro.

—Sí. Regis ha debido dar con ella…

Todos los músculos de Carson sufrieron una sacudida.

El gemido se había repetido.

Era a poca distancia de allí.

Carson saltó, saliendo de la cabaña. De repente la claridad de la luna y las aguas del lago le parecían distintas. Como si estuvieran tintas en sangre…

El gemido llegó hasta él por tercera vez. Era ya angustioso, casi agónico. Surgía de unos espesos cañaverales situados a la derecha.

Carson no lo pensó un momento más.

Saltó entre ellos.

Nunca había sido tan rápido, tan certero. Se movía con el instinto y la velocidad de un puma.

Cuando vio la escena, sus dientes rechinaron.

La claridad lunar lo iluminaba perfectamente todo. Una chica estaba tendida sobre la hierba, con las ropas desordenadas, las hermosas piernas al aire. La reconoció al instante por haberla visto reproducida en el reloj de su padre. Era Ángela Lester.

Regis se encontraba prácticamente sobre ella.

La estaba apuñalando.

La chica parecía flotar ya sobre un charco de su propia sangre.

Dos hombres más, que sin duda habían contribuido a apresar a Ángela, reían contemplando la escena. Los dos llevaban rifles. Uno de ellos barbotó:

—¡Eres un idiota, Regis!

Los dientes de Carson rechinaron.

Curiosamente fue Regis el primero que lo vio. A pesar de estar embebido en la «faena», oyó el chirrido de sus dientes y volvió la cabeza. Todo su cuerpo dio un brinco al ver allí a Carson.

No tenía motivos para pensar que éste era un enemigo, sino todo lo contrario. Es más; él creía que se llamaba Roberts. Pero bastaba ver los ojos de Carson para comprender que le dominaba un salvaje deseo de matar.

Regis brincó como una liebre.

Era ágil el muy maldito.

Soltó el cuchillo y se escurrió entre los cañaverales con tal velocidad que aquello fue verlo y no verlo. Carson no pudo intentar nada contra él.

Pero en cambio los otros dos granujas se quedaron quietos.

Tardaron unos segundos en reaccionar. Cuando alzaron sus rifes, Canon ya había sacado el revólver.

No tuvo piedad.

Una voz oculta y salvaje parecía gritar en él:

«¡A muerte!».

Sonaron dos detonaciones y los dos hombres cayeron alcanzados exactamente en el mismo sitio, en mitad de sus cabezas. Carson brincó hacia adelante dejándose llevar de su impulso, que le ordenaba perseguir y aniquilar a Regis.

Pero algo le detuvo entonces: otro gemido de Ángela Lester. La muchacha no estaba muerta aún. Lo más importante era ocuparse de ella.

Se inclinó sobre la muchacha.

Susana llegaba en aquel momento.

—¡Dios santo!… —susurró.

—No está muerta aún. ¿Tu bata está limpia, Susana?

—Me la he puesto hace un rato.

—Entonces haz unas tiras con ella, ve al lago y empápalas en agua. Necesito limpiar estas heridas. He de ver si son mortales antes de tomar una decisión.

Era verdad que necesitaba aquello, porque ahora no veía nada.

La sangre cubría enteramente el cuerpo de Ángela.

Cuando pudo limpiar un poco las heridas y contener la hemorragia, se dio cuenta de que la situación de la chica era gravísima, pero no desesperada del todo. Por fortuna había llegado a tiempo de evitar las cuchilladas decisivas, que la hubieran degollado. El acero le había penetrado hasta los pulmones, lo cual hubiera provocado la muerte de una persona mayor. Pero una muchacha de la juventud y resistencia de Ángela Lester tal vez pudiera salvarse.

Carson no tenía demasiadas esperanzas, pero decidió hacer lo imposible.

—¡Pronto! —barbotó—. ¡Vamos a llevarla a la cabaña!

La levantaron entre los dos y, con toda clase de precauciones, la depositaron más tarde en el suelo de la choza. Al menos aquél era un lugar donde podría pasar la noche, si es que vivía. Susana fue por agua, hizo más vendas y entre los dos lograron contenerle la hemorragia.

Y no hay que decir lo fascinante que todo aquello hubiera podido resultar para Carson.

Pero maldito si Carson se preocupaba de eso.

Sus ojos estaban clavados en la faz lívida de Ángela Lester, que respiraba entrecortadamente y parecía incapaz de recobrar el conocimiento.

Susana preguntó temblorosamente:

—¿Tú crees que vivirá?…

—No lo sé. Todo depende de si puede resistir la terrible pérdida de sangre, pero me temo que no.

—¡Sucios y miserables asesinos!…

Carson rechinó los dientes.

—Voy a matar a Regis —masculló.

—Es inútil que trates de buscarlo en el colegio. Habrá huido.

—Lo buscaré aunque sea al fin del mundo.

Recargó el revólver mientras avanzaba poco a poco hacia la puerta.

—Por favor, Susana —murmuró antes de salir—. Cuida de ella. No sé hasta qué punto puedo fiarme de ti, pero sé que no dejarás morir a una amiga.

—¿Qué hago sí… sí…?

—¿Si sufre una crisis? Desgraciadamente nada puedes hacer, muchacha. Tampoco un médico podría hacer, en el estado actual de la ciencia, más de lo que hemos hecho nosotros. Hay que confiar en que resista. Lo que debes evitar es que se mueva bruscamente. Y si hay alguna nueva hemorragia, procura cortarla.

Carson cerró un momento los ojos.

Pensaba que la sangre no saldría al exterior, pero que iría llenando poco a poco los pulmones de Ángela Lester.

Y que ésta moriría ahogada.

Pero tan fúnebres pensamientos no se convirtieron en palabras. No salieron de su boca.

—Voy a avisar a su padre —musitó—. Ya sabes lo que tienes que hacer, muchacha.

Salió.

Sí. Lo más urgente era avisar a Lester.

Sabía que lo encontraría en la ciudad.

Y allí estaba Lester, desde luego. Pero no imaginaba Carson que

las cosas habían empezado a rodar mal otra vez.

El juez Golan, que no sabía una palabra de la conversación sostenida entre Mónica Bentham y Carson, se acercó al saloon donde en aquel momento se encontraba Lester.

Como siempre, el pistolero se había colocado en un sitio muy discreto, desde el que pudiera ver sin ser visto. Como el público se hallaba pendiente de los gorgoritos de una artista que tenía mala voz, pero buenas piernas, nadie se había fijado en Lester y nadie se fijó tampoco en la entrada de Golan.

Éste se sentó junto al pistolero, procurando pasar tan desapercibido como antes.

—Hola, Lester —musitó.

—Hola, juez.

—He de darle una noticia. Acabo de recibir un telegrama del gobernador del Estado aconsejándome que adelante todo lo posible el juicio contra Berkeley. De modo que lo he señalado para pasado mañana a las doce.

—Diantre…

—Pero usted aún no ha matado a Bradley, amigo Lester. En realidad no ha matado a nadie.

Naturalmente Golan ignoraba (quizá por suerte para él), quién había dado el pasaporte al pianista.

—No he estado inspirado —murmuró Lester.

—Yo creí que los profesionales como usted estaban inspirados siempre.

—Tenemos rachas… Ya sabe usted. Hay días.

—Pues ya no se trata de «días» en plural, sino de «un día» en singular. Tiene que acabar con la banda de Berkeley o los miembros del jurado no llegarán ni a reunirse.

—No se preocupe. Delos por muertos.

—El caso es que, confiando en usted, ya he encargado los ataúdes.

—Pues ahora encargue las coronas de esos angelitos. Dígame por cuál empiezo y me lo cargo. ¿Le parece bien el mismo Bradley?

—En vista de las circunstancias, quizá haya que darse prisa y picar más alto. Empiece por Clarendon. Clarendon es el lugarteniente de Berkeley. Su muerte producirá una autentica conmoción en la banda.

—Pues como si ya estuviera conmocionada.
—Muy seguro le veo, Lester.
—Huy… Nunca me he sentido mejor.
—Me alegra oírle hablar así. ¿Sabe dónde podrá encontrar a Clarendon? En estos momentos asiste a una conferencia sobre «La vida de los insectos en Asia».
Lester abrió mucho la boca.
—No me diga que la vida de los insectos, por muy asiáticos que sean, le interesa a ese tipo…
—Es que la que da la conferencia es una chica de veinte años que está cañón. ¡Ejem! Quiero decir que resulta muy atractiva. Y lleva una faldita muy corta. Clarendon está en primera fila, pero de los insectos ni idea. No debe oír ni una palabra.
—¿Cómo le reconoceré?
—Es el único que lleva monóculo. Ocupa en la primera fila el tercer asiento a la derecha.
—Rece por él, juez.
Y Lester se puso en pie.
Golan bisbiseó:
—La conferencia se celebra en el teatro Liberty. Todos los palcos de los lados están vacíos. Desde allí se puede disparar muy bien. O desde el escenario, si lo prefiere.
—Pobre Clarendon… —dijo Lester—. La bala le entrará por el monóculo.
Y se largó.

En el teatro estaban llenas las seis primeras filas, y todos los asistentes eran hombres. No resultaba extraño, porque lo de la chica cañón era verdad, y también era verdad lo de la falda muy cortita.
Lester entró por la puerta del escenario, o sea la entrada de artistas, que nadie vigilaba esa noche, y llegó fácilmente a una zona oscura entre bastidores. Desde allí veía perfectamente a la conferenciante, muy bien iluminada, y también a todos los que ocupaban la primera fila.
Vio a Clarendon.
El tercero de la derecha.
«Bueno —pensó Lester—. Al diablo».
Apuntó bien y apretó el gatillo.
Al lado de Clarendon había un tipo gordo, calvo como una bola

de billar, que sonreía feliz.

Sonó la detonación.

La gente lanzó al unísono un alarido de horror.

Porque el calvo había dado un terrible brinco en el asiento, mientras alzaba los brazos.

Y porque su piel se estaba cubriendo de sangre…

CAPÍTULO XIII

Lester no perdió un segundo, después del disparo. Se daba cuenta de que su situación personal podía hacerse grave si le pescaban allí, y por lo tanto se escabulló inmediatamente. Ágil y escurridizo como era, no tardó en salir de nuevo por la puerta del escenario, sin que le viera nadie. Bueno, eso de «nadie es un decir». Porque apenas había puesto los pies en la calle cuando dos manos nerviosas se posaron en sus hombros, casi agarrotándose en ellos.

—¡Maldito! —gritó una voz—. ¡Mil veces condenado maldito miope!

Era el juez Golan.

El juez Golan le sujetaba con manos trémulas, mientras sus ojos estaban a punto de llorar.

¡Esta vez le he seguido! —barbotó—. ¡Ya me extrañaba a mí que ningún pistolero de Berkeley hubiese muerto! ¡Tenía mis sospechas, pero me negaba a creerlo! ¡Y ahora lo he visto! ¡Ahora lo he visto todo, infiernos!

Lester parecía no entenderle.

Murmuró:

—Si lo ha visto todo, juez, ¿de qué se queja? El tipo del monóculo ya está en el otro mundo.

—¡Idiota! ¡Ha matado al de al lado! ¡El de al lado no llevaba monóculo! ¡Tenía sólo una pequeña hinchazón en un ojo!

Lester vaciló.

—¿Qué dice?

—¡Lo que oye, so bestia! ¡Ahora comprendo que al empleado de la Casa de Postas también lo mató usted! ¡El pianista!

Seguía zarandeándole frenéticamente.

Lester se lo sacudió.

—Bueno, bueno… No hay que ponerse así. Un error lo tiene cualquiera.

—¡No es un error! ¡Son tres errores!

—Caramba, quien dice uno dice tres. O cinco.

Golan se llevó las manos a la cabeza.

—¡Esto es imposible! ¡Yo me volveré loco! ¡Convocaré enseguida una reunión de la Junta de Vecinos! ¡Quiero que lo echen de aquí! ¡Quédese con los diez mil dólares, pero lárguese de Kansas City! ¡Por el amor de Dios! ¡Lárgueseeeee!…

Golan no pudo chillar más porque en aquel momento la gente salía atropelladamente del teatro.

El tumulto era enorme.

Y Lester aprovechó para huir, mientras el juez escapaba llevándose ambas manos a la cabeza.

Daba la sensación de ser un hombre completamente aterrorizado.

Nadie en Kansas City recordaba haberle visto jamás así.

En cuanto a Lester, no pareció preocuparse demasiado por lo que había hecho. Daba la sensación de ser uno de esos individuos que, cuando cometen un error ya no piensan más en él. Tampoco tomó ninguna precaución especial aquella noche, excepto la de cambiar de hotel.

Era posible que alguien le hubiera visto en el teatro Liberty, aparte del juez Golan. Era posible que sospecharan de él y le buscaran para ajustarle las cuentas. En ese caso lo mejor sería que no le encontraran con facilidad, y por ello se instaló por aquella noche en otro hotel que estaba al lado opuesto de Kansas City.

Por lo demás, no pareció preocuparse demasiado.

Y durmió como un bendito.

A la mañana siguiente no se dio demasiada prisa en ir a desayunar. Se afeitó cuidadosamente, se arregló bien, revisó la carga de su revólver, y salió a la calle tras despedirse del hotel y abonar la cuenta.

Apenas había terminado de desayunar en un local cercano cuando vio a alguien que atravesaba los batientes tras mirar al interior.

Aquel alguien avanzaba con semblante preocupado.

Era Carson.

Carson miró fijamente a Lester.

—Le he estado buscando por todas partes —dijo.

—¿Qué pasa? ¿Ya se ha enterado también de lo del teatro Liberty?

—Sé que anoche murió un hombre que estaba junto a Clarendon, el lugarteniente de Berkeley. E imagino que es obra suya, Lester. Otro de sus magníficos «golpes de vista», ¿no?

—No hace falta que me meta bronca. Ya me la metió anoche el juez Golan.

—Aunque parezca mentira, no he venido por eso, Lester.

—¿Pues entonces por qué?

—Sígame.

Lester estaba algo perplejo, pero siguió al joven.

Éste ya tenía dos caballos dispuestos. Por lo visto había pensado en todo.

En silencio cabalgaron los dos, saliendo de la ciudad. No tuvieron que emplear demasiado tiempo en el viaje. Al cabo de una media hora, llegaron a las inmediaciones de uno de los pequeños lagos que se encuentran en las cercanías de la ciudad.

En él, junto a la orilla, había una cabaña de troncos medio derruida.

El silencio era espeso, casi agobiante.

Sólo se oía el zumbido de las moscas.

Carson musitó:

—Entre.

Lester entró y vio el suelo de la choza. Allí estaba arrodillada una muchacha muy pálida y que parecía haber pasado la noche en vela. Pero a esa muchacha sólo le dirigió una mirada superficial. La que le importó fue la otra, la que yacía en el suelo con los ojos cerrados.

Su inmovilidad era espantosa.

La palidez de su rostro resultaba cadavérica.

Lester no se movió del umbral. Parecía tener los pies clavados en el suelo. El tiempo pareció detenerse, pareció convertirse en una serie de gotas que nunca terminaban de caer. La inmovilidad de Lester era tan espantosa como la de su hija.

Al fin musitó:

—¿Vive?

Su voz era apenas un soplo. Se notaba que no se había atrevido a hacer hasta entonces aquella terrible pregunta.

—Por el momento sí —dijo Carson—. Ha pasado una noche de pesadilla, pero ha logrado superarla.

El cuello de Lester se crispó angustiosamente al musitar:

—¿Vivirá?

—No lo sé.

—Debiéramos… traer a un médico.

—La ha visto ya. Lo avise mientras le buscaba a usted, Lester.

—¿Y qué ha dicho?

—Lo mismo que le digo yo. Que no sabe si vivirá. Pero ha pedido que no la trasladáramos porque eso podía resultarle fatal. Lo único que hemos hecho ha sido poner unas mantas bajo su cuerpo.

En los labios de Lester había aparecido como una finísima espuma blanca.

—¿Quien? —musitó dificultosamente—. ¿Quién?…

—Un hombre llamado Regis.

—¿Dónde está?

—No lo sé, Lester. Le he buscado por todas partes, pero sin resultado. En todo caso tenga la seguridad de que lo encontraré.

—No quiero que lo encuentre usted. Quiero encontrarlo yo. Regis es mío.

—Lester, no diga tonterías.

El pistolero le miró de soslayo inexpresivamente.

—¿Tonterías? ¿Por qué?

—Más vale que hablemos claro de una maldita vez. Regis le mataría. Usted es incapaz de verle bien en un duelo a más de doce pasos. Y él lo sabrá y se situará al menos a veinte.

Lester apretó los labios.

—De todos modos —masculló—. Regis es mío. Voy a por él.

Salió de la cabaña.

Sus facciones eran ahora de un extraño color ceniza.

Carson comprendió que se enfrentaba ahora a una nueva dificultad. Regis había asesinado a la hija —o al menos le faltaba poco para ello—, y ahora liquidaría también al padre. La muerte de Lester era inevitable si Regis tenía la precaución de desafiarle a buena distancia, cosa que sin duda haría. La historia de que el pistolero Lester no veía bien circulaba ahora ya, por toda la ciudad,

después de reunirse la Junta de Vecinos a instancias del juez Golan.

Carson pensó que tenía que evitar aquella nueva muerte.

Por eso hizo una seña a Susana, indicándole que continuara cuidando de la paciente, y él siguió a Lester, que ya había montado a caballo y ya le llevaba una buena distancia.

Los dos llegaban a Kansas City muy poco más tarde.

Kansas City, un lugar donde ya se mascaba la sangre…

CAPÍTULO XIV

El joven se detuvo a la entrada de la ciudad.

Sus facciones estaban perladas de unas gotitas de sudor frío.

Se dio cuenta, con sólo una ojeada, de que las cosas acababan de cambiar por completo en Kansas City. Si hasta aquel momento la banda de Berkeley estuvo más o menos atemorizada, porque sabía que un temible pistolero profesional iba a «limpiar» la ciudad, ahora se conocía ya que aquel pistolero no distinguía los amigos de los enemigos. La banda de Berkeley había cobrado ínfulas. Volvía a ser la dueña de la ciudad, sabiendo que además el jurado no se atrevería a condenar a su jefe.

¿Qué otra cosa significaba, si no, la presencia de Berkeley en uno de los porches, exhibiéndose como si estuviera en un palco? ¿Qué otra cosa significaba, si no, la presencia en Kansas City de todos sus pistoleros, incluso de los que habían huido al principio?

Carson hubo de hacer un esfuerzo hasta para tragar saliva.

No tenía miedo.

Nunca lo había tenido.

Pero sabía que aquello era el principio del fin. Sabía que allí iba a morir Lester sin remedio, y que él moriría también, porque no podría enfrentarse sólo a toda la banda de Berkeley.

No faltaba ni Regis.

Regis estaba en el centro de la calle, esperando a Lester.

Con las manos a la altura de las caderas.

Y con una mirada viciosa y desafiante en los ojos.

Por un momento —un loco momento que apenas duró unos segundos—. Carson pensó en retroceder.

Allá Lester con sus líos. Que se las compusiera él.

Pero Carson no retrocedió. No había retrocedido nunca. Si Lester

iba a morir, él moriría también, pero se llevaría por delante al menos la mitad de la banda de Berkeley.

De modo que descendió suavemente del caballo.

El silencio era ominoso.

No se oía más que el sonido de sus propias espuelas cada vez que movía un pie.

Riiiic… Riiiic…

Era como el extraño sonido de su propio funeral.

Pero Carson no retrocedió tampoco.

Por el contrarío, siguió avanzando.

Tenía la boca espantosamente seca.

En la gran calle vacía, bajo el sol, únicamente estaban él, Lester y los hombres de Berkeley.

Los hombres de Berkeley apostados en todas partes.

Parecían llenar la calle, la ciudad.

Aquello era una trampa mortal.

Durante otro loco instante, Carson pensó en volver la espalda y dejar que Lester se las compusiera con todo aquello.

Pero siguió avanzando.

Sus manos estaban a la altura de las caderas.

Sus facciones parecían talladas en un bloque de piedra.

Riiiic… Riiiic…

Y entonces se oyó la voz de Regis.

Regis dijo burlonamente:

—Un pajarito me ha contado que me buscabas a mí, Lester.

—Claro que te busco a ti… en el supuesto de que tú seas Regis.

—Por descontado que lo soy. Y aquí me tienes.

Lester arqueó una ceja.

—¿Dónde quieres la bala, Regis?

Regis lanzó una carcajada.

—Hombre, donde tú quieras. No soy exigente…

—¿Te parece bien el ojo izquierdo?

Lester había hablado con tal seguridad que Regis sintió como si una mano helada pasara por su espalda.

Pero enseguida volvió a reír. Enseguida hizo una mueca de burla.

Estaban a mucha distancia. Estaban casi a treinta pasos.

—Puestos a elegir, me parece mejor el derecho, Lester. Todo el

mundo dice que lo tengo más feo.

—Está bien; entonces el derecho.

Carson boqueó.

No podía ni hablar.

Y al fin gritó con una especie de espasmo:

—¡Lester, está loco!

Sólo preguntó:

—¿Por qué?

—¡Acérquese más! ¡Póngase al menos a doce pasos!

—Es inútil. Ése no me dejará. Hará fuego apenas yo mueva una pierna.

—¡Pues entonces suicídese usted mismo! ¡Siempre le dolerá menos que las balas de ese buitre!

Regis volvió a reír.

—¡Basta de charla! ¡Dispara, Lester! ¡Dispara si sabes! ¡Quiero ser yo el que tenga el honor de matarte!

Y movió el brazo derecho.

Todo el mundo había estirado el cuello. Todo el mundo estaba pendiente, ansioso.

Lester iba a ser más rápido que Regis.

Eso todo el mundo lo sabía. Pero Lester tiraría desviado. No vería a su enemigo, que podría matarle casi a placer. Eso lo sabía todo el mundo también, en especial Carson.

Se movieron los dos.

Lester fue más rápido.

Sonó un disparo.

Y Regis soltó el «Colt». ¡Se tambaleó! ¡Se llevó las manos a la cara! ¡Las retiró mientras caía! ¡Chilló! ¡Todos vieron entonces su ojo derecho! ¡¡Su ojo derecho atravesado por la bala…!!

El más asombrado era Carson.

Carson no lo entendía.

Pero tuvo que entenderlo enseguida, porque a partir de entonces los acontecimientos se precipitaron. Porque a partir de entonces…

¡¡Llegó la muerte…!!

CAPÍTULO XV

Berkeley se había puesto en pie. Su cara tenía un extraño color de tierra. Señaló a Lester y aulló:

—¡Matadlo!

Había varios pistoleros dispuestos a cumplir la orden.

En las ventanas, en los tejados, en los porches.

En todas partes.

Lester no era más que un condenado a muerte.

Pero detrás estaba Carson, y Carson no perdió un segundo. Su «Colt» ladró mientras él aullaba:

—¡Atrás, Lester! ¡A los porches!

Un pistolero que estaba en un rejado, con el «Colt» dispuesto, cayó al recibir la bala de Carson, mientras lanzaba un alarido.

El propio Carson era el que menos entendía lo de Lester.

Pero lo entendió unos segundos después. O, mejor dicho, no entendió absolutamente nada.

Porque Lester había disparado de nuevo, mientras volaba por los aires para caer sobre el porche.

Su disparo fue de una precisión increíble.

Un riflero le apuntaba con su «Winchester» desde una ventana. Sólo asomaba parte de la cabeza.

¡Y esa parte de la cabeza voló!

Pocas veces Carson había visto algo semejante.

O nunca…

Pero no tenía tiempo para admirarse, porque las balas zumbaban por todas partes. Aquella calle era la calle de la muerte. Berkeley corría cobardemente para ponerse a cubierto, mientras sus hombres disparaban contra los dos amigos.

Carson «aterrizó» en un porche.

Todos sus huesos crujieron a causa del impacto, como si fueran a romperse, pero él siguió disparando.

Otro hombre corría por el tejado del lado opuesto de la calle.

Dejó de correr.

De repente se convirtió en un saltarín de primera, que hubiera sido contratado por cualquier circo.

Pero lo malo para él fue que ni se enteró.

Cuando dio con sus huesos en el centro de la calle, estaba ya muerto.

El revólver de Lester vomitó plomo también.

Clarendon cruzaba la calle.

Intentaba buscar una buena posición de tiro.

Pero la bala de Lester hizo volar su monóculo, y —lo que resultaba peor—, parte de lo que estaba tras el monóculo también.

Carson estaba más asombrado cada vez.

¡Lester tenía una vista de águila!

¡El muy maldito no fallaba una bala!

Ahora el que intentaba acabar con ellos era Bradley. El forajido empleaba una táctica distinta. Llevaba en la mano derecha una serie de cartuchos de dinamita unidos por un cable y rematados por una mecha ya encendida. Se disponía a lanzar el «paquete» contra los dos amigos, aprovechando el que ahora estaban bastante juntos. Los liquidaría a ambos a la vez.

Las dos balas que recibió fueron directamente al vientre.

Giró sobre sí mismo.

Y lanzó un grito de horror mientras se desplomaba sobre su propio paquete de dinamita.

Cuando la explosión se produjo, unos instantes después, tanto Lester como Carson tuvieron que cerrar los ojos.

Los otros pistoleros estaban aterrorizados. Eran mucho más y aún conservaban la iniciativa, pero no habían esperado aquello. La terrible reacción de un hombre al que habían creído una víctima fácil, les desmoralizaba por completo.

Carson patinó materialmente sobre el porche.

Ahora tenía una magnífica posición de tiro.

Dos hombres más, que trataban de apostarse en una ventana frontera, cayeron fulminados por el plomo.

Otro intentaba parapetarse tras un carro.

A gran distancia, puesto que tenía un rifle y desde allí podría batir a los dos amigos.

Y llegó hasta el carro.

Pero cuando lo consiguió estaba ya muerto.

El disparo de Lester había sido de una perfección increíble.

Canon barbotó:

—¡Diablos!

Seguía sin saber que pensar.

Ahora los pistoleros de Berkeley trataban de huir. Se daban cuenta de que la partida estaba perdida. Varios de ellos intentaron alcanzar los caballos amarrados en la esquina.

Carson y Lester habían recargado febrilmente sus revólveres.

Los giraron.

—¡Dale, Lester!

—¡Dale, Carson!

Los dos habían gritado al mismo tiempo. Y los dos apretaron los gatillos al mismo tiempo también.

Los jinetes cayeron acribillados desde todas partes. Algunos de ellos habían logrado ya trepar sobre las sillas, pero ninguno consiguió arrancar de allí.

Otro intentaba subir a un tejado.

Fue Lester el que le hizo dar un terrible brinco, con la muerte ya impresa en su cara.

Un último fugitivo gateaba por la calle.

Patinó al recibir la bala de Carson y quedó como empotrado en los bajos de un porche.

Después de aquello un silencio brutal y espeso cayó sobre la calle. Aquello parecía más que nunca el reino de la muerte, puesto que nadie se movía. Carson y Lester, incluso habían contenido la respiración.

Los dos escrutaban los muertos.

Al fin fue Carson el que musitó:

—No está.

Ambos sabían a quién se estaban refiriendo.

Berkeley había logrado huir.

Pero no podía estar lejos.

Carson señaló hacia una de las casas, que era el último sitio en que le había visto.

—Usted vigile todo esto, Lester. Yo voy a por él.

—Cuidado…

—No se preocupe.

Carson hubiera dicho muchas cosas más a su extraño amigo, pero ahora no podía perder el tiempo en esto. Lo más importantes era capturar a Berkeley. Corrió en zigzag, con precaución, porque sabía que el otro quizás estaría oculto y le enviaría una bala.

Alcanzó la casa.

Tenía que estar allí.

Berkeley no había tenido tiempo de cruzar la calle.

Teniendo el revólver engarfiado en su derecha, el joven empujó la puerta con el hombro. Inmediatamente se arrojó al suelo, con agilidad felina, mientras la bala pasaba por encima de su cabeza.

Un pistolero había disparado desde lo alto de la escalera.

No era Berkeley, sino uno de sus últimos guardaespaldas. El joven lo envió al diablo de una bala en el pecho.

Inmediatamente giró sobre sí mismo.

Alguien corría hacia él.

Alguien trataba de disparar.

Carson tuvo tiempo de apretar el gatillo por debajo de su codo izquierdo, retorciéndose felinamente, y envió por los aires el «Colt» que ya le apuntaba. Berkeley lanzó un aullido de dolor, porque su mano también había sido atravesada.

Se la sujetó febrilmente, mientras decía como un cobarde:

—¡No! ¡No dispare, Carson! ¡Me entregaré! ¡No dispare!

Carson no disparó.

Pero dijo con voz helada:

—Éste es tu fin, Berkeley. Vas a comparecer ante el jurado y tú sabes que el jurado te condenará a muerte. Alza las manos. Camina hacia la puerta.

Él obedeció.

El terror brillaba en sus ojos.

Pero también brillaba algo más.

La esperanza.

Lástima que Carson no lo notara.

Lástima que no lo notara hasta que fue demasiado tarde.

Hasta que aquel revólver se posó en su espalda, mientras una voz gélida decía:

—Vas a dejar libre a este hombre, Carson. Vas a dejar libre al hombre que me está convirtiendo en una de las dueñas de Kansas.

Carson sintió un escalofrío.

No fue por la inminencia de la muerte.

No fue por nada más que por el hecho de haber reconocido aquella voz.

¡La voz de Mónica Bentham!

Capítulo XVI

Carson soltó el «Colt» y alzó las manos poco a poco. Tan poco a poco que aquel gesto pareció interminable y lleno de desesperanza. Sabía que iba a morir. Sabía que iba a morir y lo que más le dolía era hacerlo a causa de una bala de Mónica.

Preguntó con un soplo de voz:

—De modo que tú eras la jefe, ¿eh?

—¿Te sorprende?

—No, no mucho. En realidad debí haber comprendido al principio lo ambiciosa que eres. Y debí darme cuenta de que Berkeley tenía refugios muy seguros e informaciones muy exactas en todo Kansas. Refugios e informaciones que sólo una persona muy influyente podía darle.

—De acuerdo, Carson. Incluso la verdad es que, cuando te retuve en mi casa, buscaba un pretexto para matarte, pero no tuve oportunidad. Y ahora que lo sabes todo… ¡Muere!

Aquella voz había sido una sentencia fatal.

Mónica fue a apretar el gatillo.

Sonó un disparo.

Y Carson sintió un grito a su espalda, mientras el cañón del revólver resbalaba por su columna vertebral. Sintió que una cosa blanda caía. Sintió como una pena muy honda en el alma.

Berkeley trató de escapar, mientras lanzaba un alarido de miedo, pero la bala le detuvo en mitad del vestíbulo. Alzó las manos y *cayó* de bruces, mientras el orificio en mitad de su frente se iba haciendo rojo, rojo, rojo…

Lester sopló suavemente en el cañón del revólver mientras Carson volvía la espalda para mirarle.

—Creo que es la primera vez que mato a una mujer —musitó el

«pacificador»—, pero no me quedaba otro remedio. Ella iba a liquidarte a ti y a liberar a Berkeley. Además hay que reconocer que era una hiena con una bonita piel. Pero sólo una hiena…

Carson dijo con un soplo de voz:

—Hasta este momento creí que usted no veía, Lester. Nos engañó a todos bien.

—Formaba parte de mí plan. Yo soy un profesional consciente y que hace las cosas con detalle —dijo Lester—. Sólo fingiendo ser un cegato podría hacer que la banda entera se confiase y se juntara para ver mi muerte. Demostrando que tengo una vista de lince, sólo habría conseguido matar a unos cuantos granujas uno por uno y dar tiempo a los principales pájaros para emprender el vuelo. Me ha ocurrido alguna otra vez, y por eso estaba dispuesto a evitarlo. Me interesaba también que la principal jefa, esa mujer, se confiase igualmente y se quitara al fin la careta.

—El plan podía ser ingenioso, Lester, pero ha tenido tres fallos. Tres terribles fallos humanos, a mí entender. Tres víctimas inocentes.

Lester rió silenciosamente, mientras enfundaba el «Colt».

—¿Tres fallos dices? ¿No te acabo de explicar que soy un profesional consciente? ¿Quiénes cree que eran el empleado de la Casa de Postas, el pianista y el tipo del ojo hinchado? ¿No sabes que he recorrido el Oeste de punta a cabo? ¿No sabes que conozco a todos los delincuentes, aunque ellos no me conozcan a mí? Esos tres tipos eran enlaces de Berkeley. Vulgares criminales. Guardaespaldas que por eso no se separaban de los buitres a los que tenían que proteger. Merecían la muerte y se la di, pero eso sirvió además para que todo el mundo creyera que yo confundía una señora gorda con un bisonte.

Carson estaba más asombrado cada vez.

Y más admirado.

Nunca había visto un tipo como aquél, un pistolero más astuto y más completo.

Un profesional tan perfecto.

Musitó:

—Ahora sé que las cosas le saldrán bien, Lester de los demonios. Ahora sé que su hija vivirá, porque a usted no le falla nunca nada. Pero tenemos que llevarnos a Mónica de aquí. Me da angustia

verla…

—Sí, lo comprendo.

—Lástima que fuese tan canalla como su padre.

Lester le miró con una ceja arqueada.

—Su padre no era una canalla —musitó.

—¿Queeeé…?

—No lo era.

—¿Que… dice?

—En el fondo era un pobre hombre asustado.

—No le entiendo, Lester. Un pobre hombre asustado, ¿eh? ¡Un puerco! ¿Y esas fotos de las chicas? ¿Qué significan?

Lester respiró hondamente antes de susurrar:

—No olvide que he vivido muchos años por ahí, Carson… No olvide que mi hija me escribía y me contaba algunos detalles del Alliance College. No olvide que Susana era su amiga. No olvide tampoco que soy un hombre experimentado y que fui ligando cabos. Mí conclusión, que los hechos han confirmado, es ésta: Bentham tuvo a su hija en diversos colegios, el último de ellos Alliance, desde que se casó por segunda vez y comprendió que su ambiciosa y bonita mujer acabaría matando a la pequeña para que Mónica fuese la única heredera. Entonces la sacó de la casa, y para que la madrastra no pudiera perseguirla ni causarle el menor daño la inscribió en un colegio lejano con nombre supuesto. A la muerte de su segunda esposa, Bentham ya se atrevió a tener a la muchacha más cerca y la instaló en el Alliance. Pero de ningún modo la hizo reingresar en el hogar. Mónica, que ya empezaba a ser una mujer, demostró tener mucha más ambición y maldad que su madre. Bentham comprendió que llegaría a matar a su hermanastra si algún día conocía dónde encontrarla. Por eso nunca le dijo dónde estaba. Oficialmente había muerto.

Carson sentía unas gotitas de sudor en su frente.

Bisbiseó:

—Comprendo…

—Iba a veces al Alliance —siguió Lester—, y veía a su hija, pero disimulaba bien su afecto y también el dolor que sentía. Naturalmente tenía un retrato suyo, pero para que Mónica no sospechara jamás, lo llevaba mezclado con los de otras alumnas.

—¡Infiernos! Yo creí que… que…

—Pues se equivocó, amigo Carson. Supongo que Mónica dejó caer aquellas fotos al suelo para observar su reacción, ya que ella tampoco entendía demasiado su sentido. Sabía lo que ocurría en el Alliance últimamente, pero también sabía que su padre no había visto en privado a ninguna muchacha… En fin, ha muerto sin saber quién es su hermanastra realmente. Ha muerto sin saber que se trata de Susana…

Carson por poco da un brinco.

—¡Susana! —gritó.

—Claro que sí, Carson. Susana, que está perdidamente enamorada de usted, como usted lo está de ella. ¿Qué les cuesta casarse? ¿Y qué le cuesta decirle, como regalo de bodas, que es una fabulosa heredera?

Carson musitó, poniendo los ojos en blanco:

—¡Con una criadita china y todo!

Lester sonrió mientras torcía el gesto.

—Cuidado con la criadita china, amigo. No se entusiasme porque si su mujer se entera va a haber líos. Se lo digo yo. Susana va a ser de esas mujeres ardientes con las que habrá que tener cuidado.

Carson asintió lentamente.

—Le haré caso, Lester. Cualquiera no le hace caso a un tío como usted. ¡Con la vista que tiene…!

FIN